



**LA ESPOSA DE UN AMIGO ME
PIDE QUE LA AYUDE**

FERNANDO NEIRÁ [GOLFO]



La esposa de un amigo me pide que la ayude

Fernando Neira
(Golfo)

LA ESPOSA DE UN AMIGO ME PIDE QUE LA AYUDE

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA Creada por Teksomolika - Freepik.com

Impreso en España 2017

Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

CAPÍTULO 1

Sentado un viernes en mi oficina, enfrascado en mi trabajo, no me había dado cuenta que estaba sonando el teléfono. Al contestar la voz de la telefonista de mi empresa me informó:

— Don Manuel, una señora pregunta por usted, dice que es personal.

Molesto por la interrupción, le pedí que me la pasara. Esperaba que fuera importante y no la típica empleada de una empresa que utiliza esta estratagema con el objeto que le respondas. Era Patricia, la esposa de Miguel, mi mejor amigo. Nunca me había llamado por lo que al oírla pensé que algo grave ocurría.

— Pati, ¿en qué te puedo ayudar?— pregunté extrañado al escuchar su tono preocupado.

— Necesito hablar contigo— en su voz había una mezcla de miedo y vergüenza— ¿me puedes recibir?

— Por supuesto, te noto rara, ¿ocurre algo?— respondí tratando de sonsacarla algo, ya que su hermetismo era total.

Me fue imposible descubrir que es lo que le rondaba por la cabeza, debía de ser algo muy íntimo y necesitaba decírmelo en persona. Viendo el tema, quizás lo mejor era el encontrarnos en algún lugar donde se sintiera cómoda, lejos de las miradas de mis empleados, en un sitio que se pudiera explayar sin que nadie la molestara. Le pregunté si no prefería que le invitara a comer, y así tendría tiempo para explicarme tranquilamente su problema sin las interrupciones obligadas de mi trabajo. La idea le pareció bien, por lo que quedamos a comer ese mismo día en un restaurante cercano.

El resto de la mañana fue un desastre. No me pude concentrar en los temas, continuamente recordaba su llamada, la tensión de sus palabras. Conocía a Pati desde los tiempos del colegio y siendo una niña empezó a salir con Miguel. Todavía me es posible verla con el uniforme del Jesús Maestro, una camisa blanca con falda a cuadros que le quedaban estupendamente. En esa época, todos estábamos enamorados de ella, pero fue él quien después de un partido de fútbol quien tuvo el valor de pedirla salir y desde entonces nunca habían terminado. Eran la pareja perfecta, él un alto ejecutivo de una firma italiana, ella la perfecta esposa que vive y se desvive por hacerle feliz.

Llegué al restaurante con cinco minutos de adelanto, y como había realizado la reserva no tuve que esperar la larga cola que diariamente se formaba en la entrada. Tras sentarme en la terraza para así poder fumar y

previendo que tendría que esperar un rato, debido al intenso tráfico que esa mañana había en Madrid, pedí al camarero una cerveza. No tardó en llegar, como siempre venía espléndida, con un traje de chaqueta y falda de color beige, perfectamente conjuntada con una blusa marrón, bastante escotada y unas gafas de sol que le tapaban totalmente sus ojos.

Me saludó con un beso en la mejilla. Todo parecía normal, pero en cuanto se sentó se desmoronó, por lo que tuve que esperar que se calmara para enterarme que es lo que le ocurría.

Estaba un poco más tranquila cuando me empezó a contar que es lo que le ocurría.

— Manu, necesito tu ayuda— me dijo entrando directamente al trapo — Miguel lleva unos meses bebiendo en exceso y cuando llega a casa, se pone violento y me pega.

No me lo podía creer hasta que quitándose las gafas, me mostró el enorme moratón que cubría sus ojos por entero. Nunca he aguantado el maltrato y menos cuando este involucra a dos personas tan cercanas. Si Miguel era mi mejor amigo, su mujer no le iba a la zaga. Eran muchos años compartiendo largas veladas y hasta vacaciones en común. Les conocía a la perfección y por eso era más duro para mí el aceptarlo.

— ¿Quieres que hable con él? — le indiqué sin saber que realmente que decir. Esa situación me desbordaba.

— No, nada que haga me hará volver con él— me dijo echándose a llorar — no sé dónde ir. Mis padres son unos ancianos y no puedo hacerles eso. ¡Está loco! Si voy con ellos es capaz de hacerles algo, en cambio a ti te respeta.

— ¿Me estas pidiendo venir a mi casa?— supe lo que me iba a responder, en cuanto se lo pregunté.

— Serán solo unos días hasta que se haga a la idea de que no voy a regresar a su lado.

En sus palabras no solo me estaba pidiendo cobijo, sino protección. Su marido siempre había sido un animal, con más de un metro noventa y cien kilos de peso cuando se ponía agresivo era imposible de parar.

No pude negarme, tenía todo el sentido. Miguel no se atrevería a hacerme nada, en cambio sí se enfadaba con su suegro con solo soltarle una bofetada lo mandaba al hospital, pensé confiando en que la amistad que nos unía fuera suficiente, ya que no me apetecía el tener un enfrentamiento con él. Por eso y solo por eso, le di mis llaves, y pagando la cuenta le expliqué como desactivar

la alarma de mi piso.

Salí frustrado del restaurante, con la imagen de mi amigo por los suelos, cabreado con la vida y con ganas de pegar al primer idiota que se cruzara en mi camino. Tenía que hacer algo, no podía quedarme con las manos cruzadas, por lo que cogiendo mi coche me dirigí directamente a ver a Miguel. Quería que fuera por mí como se enterara que lo sabía todo y que no iba a permitir que volviera a dar una paliza a su mujer.

Me recibió como siempre, con los brazos abiertos, charlando animadamente sin que nada me hiciera vislumbrar ni un atisbo de arrepentimiento. En cuanto cerró la puerta de su despacho, decidí ir al grano:

— He comido con Patricia, y me ha contado todo— le dije esperando una reacción por su parte.

Se quedó a cuadros, no se esperaba que su mujer contara a nadie que su marido la había echado de su casa al descubrir que tenía un amante, y menos a mí. Sorprendido, al oír otra versión de lo ocurrido, le dije que no me podía creer que ella le hubiera puesto los cuernos y que en cambio sí había visto las señales de la paliza en su cara. Sin inmutarse, abrió el cajón de su mesa y sacando un sobre me lo lanzó para que lo viera. Eran fotos de Patricia con un tipo en la cama. Por lo visto llevaba más de un año sospechando sus infidelidades y queriendo salir de dudas contrató a un detective, el cual en menos de una semana descubrió todo, con quien se acostaba y hasta el hotel donde lo hacían.

«¡Qué hija de puta!», la muy perra no solo se los había puesto sino que me había intentado manipular para que me cabreara con él.

Hecho una furia, le conté a mi amigo como su mujer me había mentido, como me había pedido ayuda por miedo a que le diera una paliza, no podía aceptar que me hubiera intentado usar. Miguel me escuchó sin decir nada, por su actitud supe que no se había enfadado conmigo por haber dado crédito a sus mentiras. Al contrario mientras yo hablaba el no dejaba de sonreír como diciendo "fíjate con quien he estado casado". Al terminar, con tranquilidad me contestó:

— Esto te ocurre por ser buena persona— mientras me acompañaba a la puerta— pero ahora el problema es tuyo. Lo que hagas con Patricia me da igual, pero lo que tengo claro es que no quiero saber nada de ella nunca más.

Cuando me subí en el coche todavía no sabía qué carajo hacer, no estaba seguro de cómo actuar. Lo que me pedía el cuerpo era volver a la casa y de una patada en el trasero echarla, pero por otra parte se me estaba ocurriendo

el aprovechar que ella no tenía ni idea que su marido me había contado todo por lo que podía diseñar un castigo a medida, no solo por mí sino también por Miguel.

Llegué a casa a la hora de costumbre, la mujer se había instalado en el cuarto de invitados, donde justamente yo había colocado en la mesilla una foto de su ex. Al verla me hirvió la sangre por su hipocresía, si necesitaba un empujón para mis planes, eso fue suficiente.

Se iba a enterar.

La encontré en la cocina. En plan niña buena estaba cocinando una cena espléndida, como intentando que pensase lo que había perdido mi amigo al maltratarla. Siguiéndole la corriente, tuve que soportar que haciéndose la víctima me contara lo infeliz que había sido en su matrimonio y como la situación llevaba degenerando los últimos tres años, yendo de mal en peor y que la paliza le había dado el valor de dejarle.

— Pobrecita— le dije cogiendo su mano— no sé cómo pudiste soportarlo tanto tiempo. He pensado que para evitar que Miguel te encuentre lo mejor que podemos hacer es irnos unos días a mi finca en Extremadura.

Su cara se iluminó al oírlo, ya que le daba el tiempo para lavarme el cerebro y que cuando me enterara de lo que realmente había ocurrido, ya estuviera convencido de su inocencia y no diera crédito a lo que me dijeran. Todo iba a según sus planes, lo que no se le pasó por la cabeza es que esos iban a ser los peores días de su vida. Esa noche llamó a sus padres, diciéndoles que no se preocuparan que se iba de viaje y que volvería en una semana.

Nada más despertarnos, cogimos carretera y manta. Patricia esa mañana se había vestido con unos pantalones cortos y un top. Parecía una colegiala. Los largos años de gimnasio le habían conservado un cuerpo escultural. Sus pechos parecían los de una adolescente, la gravedad no había hecho mella en ellos. Se mantenían erguidos, duros como una piedra y sus piernas seguían teniendo la elasticidad de antaño, perfectamente contorneadas. Era una mujer muy guapa y lo sabía.

Durante todo el camino no paró de ser coqueta, provocándome finamente, sin que nada me hiciera suponer lo puta que era pero a la vez buscando que me calentara. Sus movimientos eran para la galería, quería que me fijara en lo buena que estaba, que me encaprichara con ella. Nada más salir se descalzó poniendo sus pies en el parabrisas con el único objetivo que mis ojos se hartaran de ver la perfección de sus formas.

Poco después, se tiró la coca cola encima y pidiéndome un pañuelo se entretuvo secándose el pecho de forma que no me quedara más remedio que mirar sus senos, que me percatara como sus pezones se habían erizado al tomar contacto con el frío de su bebida.

Medio en broma le dije que parara, que me iba a poner bruto. A lo que ella me contestó que no fuera tonto, que yo solo podía mirarla como un hermano. Si lo que buscaba era ponerme a cien, lo había conseguido. Mi pene estaba gritando a los cuatros vientos que quería su libertad. Ella era conoedora de mi estado, ya que la descubrí mirándome de reojo varias veces mi paquete.

Llegamos a "El averno", la finca familiar que heredé de mi familia. La mañana era la típica de septiembre en Cáceres, seca y caliente, por lo que le pregunté si le apetecía darse un remojón en la piscina. Aceptó encantada yéndose a poner un traje de baño mientras yo daba las órdenes oportunas al servicio.

Me quedé sin habla cuando volvió ataviada con un escasísimo bikini que difícilmente lograba esconder sus areolas pero que ni siquiera intentaba tapar las rotundas curvas de sus pechos. Si la parte de arriba tenía poca tela, qué decir del tanga rojo que al caminar se escondía temeroso entre sus dos nalgas y que por delante tímidamente ocultaba lo que me imaginaba como bien rasurado sexo.

Solo verla hizo que mi corazón empezara a bombear sangre hacia mi entrepierna, y que mi mente divagara acerca de que se sentiría teniendola encima. Patricia sabiéndose observada se tiró a la piscina. Durante unos minutos estuvo dando unos largos pero al salir sus pezones se marcaban como pequeños volcanes en la tela.

Viendo que me quedaba mirando, sonrió coquetamente mientras me daba un besito en la mejilla. Tuve que meterme en el agua, intentando calmarme. El agua estaba gélida por lo que contuvo momentáneamente el ardor que sentía pero no sirvió de nada porque al salir, esa zorra infiel me susurró que le echara crema por la espalda.

Estaba jugando conmigo, quería excitarme para que bebiera como un gatito de su mano. Sabiéndolo de antemano me dejé llevar a la trampa pero la presa que iba a caer en ella, no era yo. Comencé a extenderle la crema por los hombros. Su piel era suave y estaba todavía dorada por el verano. Al sentir que mis manos bajaban por su espalda, se desabrochó para que no manchara su parte de arriba, dejando solo el hilo de su tanga como frontera a mis maniobras.

Teniendo claro que no se iba a oponer, recorrí su cuerpo enteramente, concentrándome en sus piernas, deteniéndome siempre en el comienzo de sus nalgas. Notando que no le echaba ahí, me dijo que no me cortara que si no le ponía crema en su trasero, se le iba a quemar.

Esa fue la señal que esperaba. Sin ningún pudor masajeeé su trasero sensualmente, quedándome a milímetros de su oscuro ojete pero recorriendo el principio de sus pliegues. Mis toqueteos le empezaron a afectar y abriendo sus piernas, me dio entrada a su sexo. Suavemente me apoderé de ella, primero con timoratos acercamientos a sus labios y viendo que estaba excitada, me puse a jugar con el botón de su clítoris mientras le quitaba la poca tela que seguía teniendo.

Su mojada cueva recibió a mi boca con las piernas abiertas. Con mis dientes empecé a mordisquear sus labios, metiéndole a la vez un dedo en su vagina. Debía de estar caliente desde que supo que nos íbamos de viaje por que no tardó en comportarse como posesa y cogiéndome la cabeza, me exigió que profundizara en mis caricias.

Siguiendo sus dictados, mi lengua como si se tratara de un micropene se introdujo hasta el fondo de su vagina, lamiendo y mordiéndola mientras ella explotaba en un sonoro orgasmo.

Me gritó su placer derramándose en mi boca.

Patricia estaba satisfecha pero yo no. Me urgía introducirme dentro de ella y cogiendo mi pene, coloqué el glande en su entrada mientras colocaba sus piernas en mis hombros. Despacio, sintiendo como cada uno de los pliegues de sus labios acogían toda mi extensión me metí hasta la cocina, no paré hasta que la llené por completo.

Ella al sentirlo, empezó a mover sus caderas en busca del placer mutuo, acelerando poco a poco sus movimientos. Era una perfecta máquina. Una puta de las buenas que en ese momento era mía y no la iba a desperdiciar, por lo que poniéndola a cuatro patas me agarré a sus pechos y violentamente recomencé mis embestidas.

La ex de Miguel seguía pidiéndome más acción, por lo que sintiéndome un vaquero, agarré su pelo y dándole azotes en el trasero, emprendí mi cabalgada. Nunca la habían tratado así pero muy a su pesar tuvo que reconocer que le encantaba y aullando de gozo, me pidió que siguiera montándola pero que no parara de pegarle, que era una zorra y que se lo merecía.

Su sumisión me excitó en gran manera y clavando cruelmente mis dientes en su cuello, sembré con mi simiente su útero. Eso desencadenó su propia

euforia y mezclando su flujo con mi semen en breves oleadas de placer se corrió por segunda vez.

Agotado me tumbé a su lado en la toalla, satisfecha mi necesidad de sexo. Solo quedaba por complacer mi sed de venganza. Sabiendo que tenía una semana, decidí dejarlo para más tarde. Patricia por su parte tardó unos minutos en recuperarse del esfuerzo pero en cuanto su respiración le permitió hablar, no paró de decirme lo mucho que me había deseado esos años y que solo el respeto a su marido se lo había impedido. Es más en un alarde de hipocresía, se permitió el lujo de decirme que ahora que nos habíamos desenmascarado, quería quedarse conmigo, no importándole en calidad de qué. Le daba igual ser mi novia, mi amante o mi chacha pero no quería abandonarme.

Mi falta de respuesta no le preocupó, supongo que pensaba que me estaba debatiendo entre mi amistad por Miguel y mi atracción por ella y que al igual que yo, tenía una semana para hacerme suyo. Lo cierto es que se levantó de buen humor y riendo me dijo:

— Menudo espectáculo le hemos dado al servicio— y acomodándose el sujetador, me pidió que nos fuéramos a vestir porque no quería quedarse fría.

Entramos en el caserío y ella al descubrir que nos habían preparado dos habitaciones, llamó en plan señora de la casa a la criada para que cambiara su ropa a mi cuarto. María, mi muchacha, no dijo nada pero en sus ojos vi reflejada su indignación, mi cama era su cama y bajo ningún concepto iba a permitir que una recién llegada se la robara.

«Coño, esta celosa», pensé sin sacarlas de su error. Error de María y error de Patricia. Mi colchón era mío y yo solo decidía quien podía dormir en él.

Comimos en el comedor de diario porque quería la cercanía de la cocina permitiera a la muchacha el seguir nuestra conversación y convencido que no se iba a perder palabra, estuve todo el tiempo piropeando a la esposa de mi amigo, buscando un doble objetivo, el cabrear a mi empleada y que Patricia se confiara.

Nada más terminar la comida, le propuse salir a cazar diciendo que me apetecía pegar un par de tiros de pólvora antes que por la noche mi otra escopeta tuviera faena. Aceptó encantada. Nunca en su vida había estado en un rececho por lo que recogiendo mis armas, nos subimos al land—rover. En el trayecto al comedero no dejaba de mirar por la ventana comentando lo bonita que era la finca, creo que sintiéndose ya dueña de las encinas y los alcornoques que veía.

Durante todo el verano mis empleados habían alimentado a los guarros en un pequeño claro justo detrás de una loma, por lo que sabía que a esa hora no tardarían en entrar o bien una piara, o bien un macho. No se hicieron esperar, apenas tuvimos tiempo de bajarnos cuando un enorme colmilludo, ajeno a nuestra presencia, salió de la espesura y tranquilamente empezó a comer del grano allí tirado.

Tuve tiempo suficiente para encararme el rifle y con la frialdad de un cazador experimentando, le apunté justo detrás de su pata delantera, rompiéndole el corazón de un disparo.

Al girarme, en los ojos de Patricia descubrí la excitación del novato al ver su primera sangre. Su expresión me hizo comprender que era el momento de empezar mi venganza y acercándome al cadáver del jabalí, saqué mi cuchillo de caza y dándoselo a la mujer le exigí, que lo rematara.

Ella no sabía que había muerto en el acto y temiendo que la atacara, se negó en rotundo. Cabreado la abofeteé, diciendo que no se debe hacer sufrir a un animal y recuperando el cuchillo, le abrí sus tripas sacándole el corazón. Patricia estaba horrorizada por mi salvajismo. Aterrada, no se pudo negar cuando le ordené que se acercara. Ya a mi lado, le dije que como era su primera vez, tenía que hacerla novia y agarrándole del pelo, le introduje su cara en las entrañas del bicho.

Su reacción no se hizo esperar. Estaba asqueada por el olor y la sangre pero la cosa no quedó ahí y obligándola a abrir la boca, le hice comer un trozo del corazón crudo que había cortado.

La textura de la carne cruda la hizo vomitar. Solo el sentir como se pegaba a su paladar le provocó las arcadas, pero cuando se tuvo que tragar la carne, todo su estómago se revolvió echando por la boca todo el alimento que había ingerido.

Yo solo observaba.

Al terminar, se volvió hecha una furia, y alzando su mano, intentó pegarme. Me lo esperaba por lo que no me fue complicado el detener su mano e inmovilizándola la tiré al suelo. Patricia comenzó a insultarme, a exigirme que la llevara de vuelta a Madrid, que nunca había supuesto lo maldito que era. Esperé que se desfagara y entonces me senté a horcajadas sobre ella, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Tras lo cual dándole un tortazo le dije:

— Mira putita, nunca me creí que tu marido te maltratara— mentira me lo había tragado por completo— es más, al ver las fotos tuyas retozando con tu amante decidí convertirte en mi perrita.

Dejó de debatirse al sentir cómo con el cuchillo, botón a botón fui abriéndole la camisa. El miedo la tenía paralizada al recordar cómo había destripado al guarro con la misma herramienta con la que le estaba desnudando.

«Realmente, esta zorra está buena», medité mientras introducía el filo entre su sujetador y su piel, cortando el fino tirante que unía las dos partes. Su pecho temblaba por el terror cuando pellizqué sin compasión sus pezones erectos. Me excitaba verla desvalida, indefensa. Sin medir las consecuencias, le despojé de su pantalón y desgarrándole las bragas, terminé de desnudarla. Al ver que liberaba mi sexo de su prisión intentó huir, pero la diferencia de fuerza se lo impidió.

— Patricia, hay muchos accidentes de caza— le dije con una sonrisa en los labios— no creo que te apetezca formar parte de uno de ellos, ahora te voy a soltar y tendrás dos posibilidades, escapar, lo que me permitiría demostrarte mi habilidad en el tiro, o ponerte a cuatro patas para que haga uso de ti.

Tomó la decisión más inteligente, no en vano había estado presente cuando de un solo disparo acabé con la bestia y con lágrimas en los ojos, apoyándose en una roca, esperó con el culo en pompa mi embestida. Me acerqué donde estaba, y con las dos manos le abrí las nalgas de forma que me pude deleitar en la visión de su rosado agujero. Metiéndole un dedo, mientras ella no paraba de llorar comprobé que no había sido usado aun, estaba demasiado cerrado para que alguna vez se lo hubieran roto. Saber que todavía era virgen analmente, me encantó, pero necesitaba tiempo para hacerle los honores, por lo que dándole un azote le dije:

— Tu culito se merece un tratamiento especial, y la berrea no empieza hasta dentro de unos días— me carcajeé en su cara, dejándole claro que no solo no iba a ser la dueña, sino que su papel era el de ser objeto de mi lujuria.

El primer acto había acabado, por lo que nos subimos al todoterreno, volviendo a la casa. Esta vez fue un recorrido en silencio, nunca en su vida se había sentido tan denigrada, era tal su humillación que no se atrevía ni a mirarme a la cara. Yo por mi parte estaba rumiando la continuación de mi venganza.

CAPÍTULO 2

Aparqué el todoterreno en la puerta del casorio, Patricia se quedó sentada cuando abrí la puerta. Estaba como ida, por su mente pasaban imágenes de cómo había abusado de ella en la cacería, y temía entrar en la casa, sabiendo que su escarmiento no había hecho más que empezar. No me importó que se quedara, el estar sola le serviría para que asimilara lo ocurrido, asumiendo el papel que le tenía reservado.

María, la criada, me abrió al ver que me dirigía a la entrada. Llevaba conmigo seis años y me conocía perfectamente, sabía por el brillo de mi mirada que algo había pasado en el campo. Sus sospechas quedaron confirmadas en cuanto vio que la muchacha no salía detrás de mi corriendo, por eso no le extrañó el oírme decir que se ocupara de ella, que la quería bañada y peinada en una hora.

Obedientemente, sacó a la mujer del coche, y ayudándola a caminar, la subió al cuarto de invitados, dejándola en la cama, mientras preparaba la bañera. Desde el baño, no paraba de escuchar los lamentos de la mujer que solo dos horas antes ya se creía la dueña de la finca. Aunque entonces le había caído mal, no pudo más que apiadarse de su situación, ella también había pasado por ello, por lo que conocía en carne propia lo que significa el ser usada.

Comprobando que el agua estaba a la temperatura ideal, fue a por la muchacha, y tiernamente empezó a desnudarla, comprobando que estaba llenas de arañazos, como si se hubiera tropezado, y las zarzas tan comunes en esa zona, le hubieran ocasionado esos cortes, pero en su interior supo que eran producto de mi lujuria. La muchacha se dejó hacer, era una muñeca rota, la altanería con la que le había tratado anteriormente, había desaparecido totalmente y solo se quejó cuando la sumergió en la bañera, al escocerle las heridas con el agua caliente.

Patricia era una belleza, tuvo que reconocer al quitarle con una esponja los restos de tierra. Sus pechos, aun maltratados, seguían siendo imponentes, y las aureolas rosadas de sus pezones pedían a gritos ser besados. Pero lo que más le impresionó fue la belleza de su monte, perfectamente depilado, en sintonía con la perfección de sus piernas. Se tuvo que contener cuando lavándole su entrepierna, la oyó gemir, al no saber si era de deseo o de dolor. María se había convertido en bisexual durante esos años de trabajo y placer en mi casa, y aunque me era fiel, esta hembra que estaba bañando le había excitado, por lo

que solo el convencimiento de que iba a compartirla conmigo y el miedo a mi disgusto, evitó que ansiosamente se lanzara a devorar ese sexo, que estaba tan cerca pero a la vez tan lejos.

La muchacha ajena a estos pensamientos, estaba disfrutando del baño, siempre había tenido la fantasía que una mujer la masturbara en el agua, pero el terror a su reacción evitó que se lo pidiera cuando como una descarga eléctrica sintió como la mano de ella recorría su sexo, al enjabonárselo. La temperatura del agua había conseguido calmarla, relajarla, pero el contacto de las manos de María había avivado su deseo, se volvía a sentir la mujer que había sido, con sus apetitos y sus deseos, una mujer que usaba y disfrutaba del sexo. En su imaginación la mujer se entretenía con sus pechos, antes de acomodarse entre sus piernas, pero María era distinta, más sensual, bajo la profesionalidad con la que la bañaba, se escondía una sensualidad encubierta que solo lo erizado de sus pezones, dejaba entrever. Soportó como un suplicio, esconder su excitación mientras la secaba, la suavidad de la toalla al recorrer su piel, el aliento de la criada al agacharse entre sus piernas, hizo que la humedad inundara su cueva. Lejos quedaba la humillación sufrida, diluida por su deseo, por su necesidad de ser tocada, de ser amada por esos labios gruesos que la consolaban.

Las dos deseando el contacto, las dos temerosas de dar el primer paso, sin darse cuenta se estaban preparando para lo que les tenía reservado.

Con Patricia ya seca, María no podía prolongar el placer que sentía viéndola y acariciándola desnuda, por lo que cogiendo de un cajón un camisón de la muchacha, se lo empezó a poner. La muchacha levantó los brazos para facilitar su maniobra, pero sin querer su pecho golpeó la cara de la criada al hacerlo, que al sentirlo tuvo que cerrar sus piernas, para que su deseo siguiera siendo algo privado. La suavidad de sus senos sobre su mejilla era una prueba, no podía defraudarme, aunque lo que le pedía su cuerpo era abalanzarse sobre ella, y tumbándola en la cama como una loca apoderarse de su sexo, venció la cordura reservándose para lo que seguro se avecinaba.

Con el sudor recorriéndole la piel, la sentó en frente de un espejo, y empezó a peinarla. El cristal le devolvía la imagen de una mujer en celo, cuyo escote mostraba orgulloso la rotundidad de sus formas, transparentando el color oscuro de sus areolas que se marcaban indiscretas sobre el raso. Solo el escuchar su llanto, la devolvió a la realidad.

— ¿Por qué lloras?— le preguntó sin esperar respuesta, porque sabía perfectamente que le ocurría, que provocaba su llanto.

— Le odio— contestó la muchacha, comparando el trato que había recibido de mí, y el que le estaba dando mi criada.

— No llores, mi jefe es estricto, pero es bueno. Le conozco y aunque sus maneras sean rudas, jamás se me ocurriría buscarme otro .

«Debe de estar loca, Manuel es un verdadero hijo de puta, me ha tratado peor de lo que se trata a un perro, y encima le defiende», pensó Patricia sin atreverse a exteriorizarlo. Pero haciendo honor a su género, le venció la curiosidad y no tuvo más remedio que preguntar:

— ¿Desde cuándo lo conoces?

La pregunta encerraba trampa, pero María decidió ser honesta con la mujer, al fin y al cabo, ambas iban a compartir un destino común aunque ella no lo supiera.

— Si por conocerle te refieres a cuando empecé a trabajar con él, fue cuando tenía diecisiete años, pero si lo que quieres saber es cuando intimé con él, fue el día en que cumplí dieciocho.

Patricia, la miró desconcertada, era una pregunta retórica, para nada había sospechado que Manuel estaba con la criada, siempre le había conocido novias de la alta sociedad, pero fijándose bien en la mujer, comprendió la razón, María era una monada de veintitrés años, dulce, prudente y cariñosa. Sus movimientos recordaban los de una pantera al caminar, sus caderas estaban rematadas por un estrecha cintura que prologaban unos firmes senos, pero lo mejor era sus manos, pensó recordando el placer que había experimentado al sentir como recorría su cuerpo al bañarla. No lo pudo evitar y nuevamente la humedad invadió su hambriento sexo. Cortada, pero excitada le dijo:

— Sé que es personal— bajando los ojos por la vergüenza— pero ¿me puedes contar como ocurrió?

— ¡Claro! Si no te lo cuento yo, te enterarás tarde o temprano— contestó encantada, siempre le gustaba recordar esa primera vez: —Por aquel entonces yo no era más que una niña de pueblo que tuvo la suerte de ser contratada para el servicio del caserío y que compartía sus labores con Luciana, una señora muy mayor que había criado al señor. Debía llevar unos tres meses en la casa cuando la viejecita se cayó en la cocina rompiéndose la cadera, por lo que me quedé sola ayudando a Manuel.

La ex de mi amigo se mantenía callada.

— La vida en la finca era muy agradable, de lunes a viernes la casa era para mí sola, solo teniendo trabajo los fines de semana que el señor venía a

cazar. Te puedes imaginar lo que era sentirse la dueña de todo esto para una cría cuya familia difícilmente llegaba a fin de mes. Era el cielo hecho realidad. Manuel desde el primer momento fue muy agradable conmigo, otorgándome toda la confianza. Él era el jefe y yo su empleada nada más pero eso cambió el fin de semana en que cumplí los dieciocho.

—Esperó a que fueras mayor de edad— Patricia comentó en voz baja.

Asintiendo mi criada prosiguió:

—Ese viernes en contra de lo que era su costumbre, vino solo, sin los amigos que normalmente le acompañaban, y durante la cena, le pedí si el domingo me podía ir temprano a casa de mis padres, porque me habían preparado una fiesta, para celebrar mi cumpleaños. Manuel me felicitó y me preguntó que quería de regalo, yo le dije que no hacía falta que me comprara nada, que en su casa estaba feliz y que con eso me bastaba. Pero él insistió preguntándome si tenía vestido para la fiesta, y yo que era bastante tímida le respondí que no. Ahí quedó la conversación, y al día siguiente, salió muy temprano y no volvió hasta bien entrada la tarde. Cuando llegó, lo primero que hizo fue decirme que preparara la mesa para dos, yo que seguía siendo tonta, pensé que iba a tener compañía. Estaba molesta por que no se había acordado de felicitarme, pero cuál fue mi sorpresa cuando le pregunté que cuando iba a llegar su amigo, contestándome que no lo había, que era yo la invitada.

La alegría con la que rememoraba ese instante, la tenía confundida.

—La cena fue estupenda, era la primera vez que me sentaba en el comedor principal, y Manuel se comportó como un maravilloso anfitrión, nos pasamos todo el tiempo charlando y riéndonos, aunque llevaba trabajando con él casi un año, realmente no lo conocía, es mas creo que nunca me había fijado en sus ojos, en lo varonil de sus maneras. Al terminar se levantó trayendo una enorme caja, que resultó ser mi regalo y al abrirlo descubrí un vestido rojo de fiesta. Nunca había tenido algo tan caro, por lo que cuando me pidió que me lo probara, me faltó tiempo para salir corriendo a ponérmelo. Era precioso, al verme en el espejo me encanto como el raso se pegaba a mi cuerpo y que el escote sin ser excesivo, me hacía un pecho muy bonito. Manuel, al verme, me dijo que era toda una mujer, piropo que hizo que me sonrojara. Poniendo música, me dijo que eso era una fiesta y que no había fiesta sin Champagne. Fue a la cocina, volviendo con una botella y dos copas. Nunca había lo probado, era una bebida de gente bien, pero me gustó el sentir las burbujas en el paladar y su sabor dulce que enganchara.

El relato iba subiendo de tono mientras Patricia se sentía parte de él.

—No tenía novio, y mi única experiencia con los hombres había sido un par de besos con un muchacho del pueblo, por eso cuando me sacó, me quedé cortada, pero al sentir su abrazo y oler su colonia, algo en mí cambió. No se si fue el alcohol, o la sensación de protección que sentí entre sus brazos, pero el caso es que apoyé mi cabeza contra su pecho, empezando a bailar. No paraba de decirme lo bella que estaba, mientras sus manos recorrían mi espalda, pero yo solo podía pensar en sus labios, por lo que levantando mi cara le besé. Manuel me respondió con pasión y en menos de cinco minutos estábamos en su cama.

— ¿Y qué pasó?— preguntó la ex de Miguel: — No me puedes dejar así.

— ¿Quieres que te dé todos los detalles?— respondió María, encantada de ver como del camisón dos pequeños bultos resaltaban en la tela, traicionando a la muchacha.

— Sí— reconoció avergonzada por que la criada se hubiese dado cuenta de su calentura pero ansiosa por saber cómo terminaba.

—Al llegar a la habitación, Manuel me besó tiernamente, mientras con sus dedos me despojaba de los tirantes del vestido, éste cayó al suelo dejándome desnuda con mis braguitas como única vestimenta, y pude sentir como sus labios bajaban por mi cuello lentamente aproximándose cada vez más a mis pechos mientras que con sus manos me acariciaba mi espalda. Al llegar a mi pecho, se entretuvo jugando con cada rugosidad de mis pezones, sentir su lengua en mis aureolas me excitó, y por primera vez, noté como mi sexo se licuaba dejando una mancha húmeda sobre mi tanga. No pudiendo más, le pedí que me hiciera el amor, pero que tuviera cuidado ya que era virgen.

—En mis ojos descubrió mi miedo, pero me tranquilizó diciendo que no me preocupara, y tumbándose, se puso a mi lado sin dejarme de acariciar. Todo era una novedad para mí, era como si por mi piel miles de hormigas caminaran dándome un placer hasta entonces desconocido. Estaba fuera de mí, deseaba sentir que se sentía haciendo el amor, pero Manuel había decidido hacérmelo despacio. Su lengua era una tortura, no me podía creer lo que sentía al notar como bajaba por mi pecho, al bordear mi ombligo, con destino a mi sexo. Fue cruel, durante unos momentos que me parecieron horas, se acercaba a mis labios, retrocediendo sin tocarlos, por eso al apoderarse de mi clítoris, besándolo, chupándolo y mordisqueándole, me corrí como una loca, gritando que era suya, que lo amaba.

Comprendiendo lo que esa mujer había sentido, estaba cada vez más interesada en el relato:

—Sonriendo se incorporó y abriéndome lentamente las piernas, colocó la cabeza de su glande en la entrada de mi cueva, jugando con el botón de mi placer, prolongó mi orgasmo, el placer me inundaba y rogando le pedí que me estrenara. No se hizo de rogar, y de un pequeño empujón, rompió mi virginidad, esperando mi reacción. Noté que me partía en dos, pero mi deseo era mayor que mi dolor, por lo que volví a pedirle que siguiera, que me hiciera mujer. Empezó a moverse a un ritmo lento, mis labios notaban como su extensión entraba y salía de mis entrañas, como si de un columpio se tratara. Poco a poco fue incrementando la velocidad y la profundidad de sus embestidas, mientras con su boca mamaba de mis pechos. Al sentirme llena, con la cabeza de su pene golpeando la pared, de mi vagina, me corrí por segunda vez.

«Dios», exclamó en su interior al darse cuenta lo cachonda que estaba al oírla.

—Manuel era un amante experimentado, por lo que recibió la humedad en su sexo, no como una señal de que ya se podía correr, sino como la confirmación que había hallado en mí una hembra caliente. Siguió al mismo ritmo penetrándome, durante minutos que me parecieron eternos, fue tocándome aquí y allá en todos mis lugares de placer. El sudor de su pecho me excitaba, como posesa empecé a lamerle sus pezones, mientras mi cada vez más mojada vulva era atacada. Ya para entonces su respiración se había acelerado, y anticipándome su venida, le abracé con mis piernas, violentamente obligué a su pene a profundizar en su asalto. Esto provocó que en breves oleadas de placer me inundara con su semen, y esté al mezclarse con el flujo del río que era mi entrepierna, aceleró mi propio climax. No me podía dejar así, y cambiando mi posición y antes que se relajara, subiéndome encima de él, me empalé de una solo golpe, corriéndome. Estaba agotada, y me quedé dormida— sentenció.

Había terminado, y saliendo del ensimismamiento de sus recuerdos, vio como Patricia con su mano entre las piernas se masturbaba frenéticamente, afectada por el relato. Decidió ayudarla, sustituyéndola con sus manos, mientras introducía su lengua en la boca de la muchacha, ésta al sentir como jugaba con su clítoris se corrió de inmediato, dejando un reguero líquido en la silla, producto de su calentura.

La muchacha agradecida se levantó tratando de besar a la criada, pero esta la rechazó suavemente, diciéndole que era hora de ir a verme, que ya debía estarlas esperando. Patricia, tuvo que reconocer no solo que tenía razón, sino

que el relato de María le había hecho olvidar la humillación sufrida y que curiosamente, deseaba volver a sentir mis labios y mis manos sobre su piel.

CAPÍTULO 3

Me estaba poniendo un whisky, cuando entraron las muchachas en el salón. Venían charlando animadamente sobre temas triviales, Patricia se había recuperado gracias a los cuidados de María, y viendo el rubor en las mejillas de ambas, supe al instante el tipo de bálsamo usado. Lejos de ofenderme, el que sin mi consentimiento hubieran compartido algo más que un baño, estaba contento, mis planes se iban cumpliendo al pie de la letra siguiendo la vieja práctica del palo y la zanahoria. Al verme se quedaron calladas esperando mi reacción. La sesión de sexo, que sin lugar a dudas habían disfrutado, les había sentado bien.

«Son dos pedazos de mujeres», tuve que reconocer al observarlas.

La ex de mi amigo, con sus treinta y dos años, se conservaba estupendamente, el camión realzaba su silueta, con su profundo escote y la apertura hasta medio muslo desvelaba unos pechos firmes y unas piernas bien contorneadas. Era una mujer elegante, de la alta sociedad, que jamás se había dignado a mancharse las manos con un trabajo manual. Mi empleada en cambio, era una joven de veintitrés años, cuya mirada seguía conservando la lozanía de la niñez que se conjuntaba en perfecta armonía con un cuerpo de pecado, grandes pechos coronaban una cintura estrecha, y todo ello adornado por una piel morena que hacía resaltar sus ojos azules.

María rompió el incómodo silencio, preguntándome si deseaba algo más, o por el contrario si se podía ir a preparar la cena. Mirándola a la cara descubrí que no le apetecía estar presente cuando con toda seguridad castigara a Patricia. Le dije que se fuera a cumplir con sus obligaciones sin sacarla del error. Ese no era el momento del castigo, tenía una semana para ejercerlo y lo que me apetecía era disfrutar de la mujer, que hasta hace 24 horas compartía el lecho de Miguel.

— Patricia, siéntate aquí— le dije señalando un sillón orejero: — Tengo que hablar contigo, pero antes, ¿quieres una copa?

Me contestó que sí, que estaba sedienta, sin reconocer que lo que realmente estaba era muerta de miedo al no saber qué le tenía preparado. Haciéndola sufrir, tranquilamente le serví el cacique con coca—cola que me había pedido.

Tardando más de lo necesario entre hielo y hielo, mezclando la bebida con una lentitud exasperante, conseguí que su mente no parara de dar vueltas a que le depararía su futuro inmediato. Cuando terminé, lo cogió con las dos manos, dándole un buen sorbo. Mi actitud serena la estaba poniendo cardiaca, no se

esperaba este recibimiento.

Poniéndome detrás del sillón, apoyé las dos manos sobre sus hombros. Ella sintió un escalofrío al notar como mis palmas se posaban sobre ella, quizás temiendo por la cercanía de su cuello que fuera a estrangularla. Esperé a que se relajara antes de empezar a hablar. Todos los detalles eran importantes. Si quería que esa mujer bebiera de mi mano, debía antes desmoronar sus defensas. Cuando aceptó mi contacto, sobre su piel, empecé a acariciarle sus hombros.

Eran unas caricias suaves casi un masaje, nada parecido a como la traté en la dehesa. Patricia no sabía a qué atenerse. Me tenía miedo pero en ese momento le recordaba, no al salvaje que la había denigrado, sino al amigo que conocía desde que era una adolescente.

Mis carantoñas no cesaron cuando, con voz seria, comencé a hablarle al oído.

— Pati, estoy enfadado contigo por que ayer me trataste de engañar, cuando me mentiste diciendo que tu marido te maltrataba— intentó protestar al oírlo pero la corté por lo sano apretando un poco más de lo necesario su cuello: — No sé qué es lo que intentabas con ello porque tarde o temprano me iba a enterar. Solo se me ocurre, que tratabas de seducirme antes de que eso ocurriera.

La tensión con la que escuchó mi comentario era la confirmación que necesitaba.

— Pero quiero que sepas que no era necesario, ya que desde niño me has gustado y solo el hecho que estuvieras con Miguel, evitó que me declarara.

Estaba mintiendo pero ella no lo sabía. Creyéndome se relajó, lo cual lo tomé como señal para profundizar mis caricias, bajando despacio por su escote:

— Ya sabes y si no te lo digo yo, porque no quiero que haya malos entendidos, que María es mi amante. Además creo que le gustas.

En esos momentos mis dedos ya jugaban con el borde de sus areolas:

— Pienso que le gustaría tenerte en mi cama, compartiéndote conmigo.

Los pezones de la muchacha estaban duros al tacto cuando me apoderé de ellos pellizcándolos tiernamente, la excitación se había extendido ya por su cuerpo:

— Somos una pareja abierta, por eso te propongo que te unas a nosotros.

Sin darle tiempo a responder la levanté del sillón, abrazándola mientras mis labios rozaban los suyos. Patricia me respondió con pasión besándome

mientras me despojaba de la camisa. Sus manos no dejaron de recorrer mi pecho cuando su boca mordió mi cuello, ni cuando sus caderas se juntaron a mí, buscando la cercanía de mi sexo.

Estaba en celo. El relato de María, la atracción que sentía por ella y mis arrumacos se le habían acumulado en su cabeza, y ¡necesitaba desfogar ese deseo! Sin más preámbulos, se arrodilló abriéndome el pantalón, dejando libre de su prisión a mi pene.

Sonrió al ver su tamaño. Le hizo sentirse una mujer deseada. No se había dado cuenta de lo que añoraba a un hombre que le protegiera hasta que se lo había oído decir a mi empleada. Yo podía ser ese hombre y no iba a desperdiciar la oportunidad. Su lengua empezó a jugar con mi glande, saboreando por entero, a la vez que su mano acariciaba toda mi extensión.

Era una gozada verla de rodillas haciéndome una felación, notar como su boca engullía mi sexo mientras sus dedos acariciaban mi cuerpo. Pero ahora quería más, por lo que obligándola a levantarse, la tumbé encima de la mesa, y desgarrándole el camisón, la dejé desnuda. Me miraba con deseo mientras me despojaba del pantalón y se le puso la carne de gallina cuando bajándole el tanga, empecé a jugar con su clítoris.

— ¿Te gusta? Verdad putita— dije mientras proseguía con mis maniobras.

— ¡Sí!— con la voz entrecortada por la excitación — ¡Házmelo ya!.

Estaba en mis manos. Con un par de sesiones mas esta mujer sería un cachorrito en mi regazo y con la ayuda de María la convertiría en esclava de mis deseos. Todo en ella me pedía que la penetrara, sus ojos, su boca, el sudor de sus pechos revelaban claramente la fiebre que sentía. Separando sus labios con mis dedos, puse la cabeza de mi glande en la entrada de su cueva, a la vez que torturaba sus pezones con mi boca.

— Por favor— me gritó pidiéndome que la penetrara.

Muy despacio, de forma que la piel de mi sexo fuera percibiendo cada pliegue, cada rugosidad de su vulva, fui introduciéndome en su cueva, en un movimiento continuo que no paró hasta que no la llenó por completo. Patricia entonces empezó a mover sus caderas, como una serpiente reptando se retorció sobre la tabla, buscando incrementar su placer. Gimió al percibir como mi pene se deslizaba dentro de ella incrementando sus embistes, y gritó desesperada al disfrutar cuando mis huevos golpearon su cuerpo como si de un frontón se tratara. Previendo su orgasmo, la penetré sin compasión, mientras que con mis manos apretaba su cuello, cortándole la respiración, ya que la falta de aire, incrementa el placer en un raro fenómeno llamado hipoxia. Ella

no sabía mis intenciones, solo notaba que no podía respirar, por lo que se revolvió tratando de zafarse de mi abrazo, pero la diferencia de fuerza se lo impidió, y aterrorizada pensaba que iba a morir, mientras desde su interior, una enorme descarga eléctrica subía por su cuerpo, explotando en su cabeza. Y como si de un manantial se tratara, su cueva manó haciendo que el flujo de su orgasmo envolviera mi pene. Al sentirlo, descargué dentro de ella toda mi excitación, mientras ella, con sus uñas, desgarraba mi espalda, exhausta pero feliz de lo que había experimentado.

— La cena esta lista— desde la puerta nos informó María que por el color de su cara y el brillo de sus ojos , debió de ser participe como voyeur de nuestras andanzas.

«Seguro que había estado mirando y se le ha mojado su tanga», pensé al verla.

El camión estaba desgarrado por lo que se puso una camisa mía pero al querer ponerse bragas se lo impedí. Todavía no había hecho lo honores a su culito y aunque había aliviado parte de mi calentura, algo me decía que no era suficiente. Con mi empleada abriéndonos paso, fuimos al comedor donde estaba preparada la cena.

Sobre la mesa, tres lugares. María sin preguntarme había decidido que ya era un hecho nuestro trío, cosa que me molestó porque aunque fuera verdad no me gustaba que lo diera por entendido. Si quería jugar, jugaríamos, pero según mis normas y siguiendo mis instrucciones.

— María, creo que me debes una explicación— me miró asustada. Sabía que la había descubierto y que se avecinaba un castigo: — ¿Quién te dio permiso para usar mi mercancía?

— Nadie— contestó y sin necesidad de que le dijera nada más se fue desnudando.

Patricia alucinada por que no entendía nada. Cuando hubo terminado, se arrodilló en la alfombra, dejando su trasero en pompa, de forma que facilitara el castigo. La ex de mi amigo intentó protestar pero al ver mi mirada, decidió callarse no fuera a recibir el mismo tratamiento.

Saqué entonces de un cajón una fusta y cruelmente le azoté el trasero. Recibió la reprimenda sin quejarse. De su boca solo surgieron disculpas y promesas de que nunca me iba a desobedecer otra vez. Las nalgas temblaban, anticipando cada golpe, pero se mantuvo firmemente sin llorar hasta que decidí que era suficiente.

Patricia estuvo todo el rato callada, en su cara se le podía adivinar dos

sentimientos contradictorios: por una parte estaba espantada por la violencia con la que había fustigado a la mujer, pero por otra no podía dejar de reconocer que algo en su interior la había alterado:

¡Ver a la muchacha que la había consolado en posición de sumisa, y sus nalgas coloradas por el tratamiento, había humedecido su entrepierna!

Acercándome y acariciando ese trasero que tantas alegrías me había dado, no pude dejar de sentir pena, y agarrando la botella de vino blanco que estaba en la mesa, me serví mientras preguntaba:

— Pati, ¿te apetece una copa?

Que le ofreciera de beber la dejó fuera de juego, pero como tenía la garganta seca por el miedo, me respondió afirmativamente. Esas nalgas necesitaban ser enfriadas, por lo que derramé una buena cantidad de vino sobre ellas y cogiendo del pelo a la rubia le ordené que bebiera.

Obedientemente, empezó a sorber el líquido que goteaba por su trasero. Al principio despacio temiendo el hacer daño a la criada pero el cuidado con el que pasaba la lengua sobre su atormentada piel, provocó que unos pequeños gemidos de placer surgieran de la garganta de la muchacha. Patricia al escucharlos sintió como su vulva se alteraba y sus incursiones se fueron haciendo cada vez más atrevidas.

Viendo que María recibía con alborozo sus caricias, con sus manos le abrió los cachetes para que le resultara más fácil el obtener con su boca las gotas de vino que se habían deslizado por el canalillo de la criada. Cuando empezó a recorrer el inicio de su esfínter no se pudo aguantar y sin ningún recato le pidió que siguiera, reconociendo que le encantaba el notar la humedad de su lengua en su hoyo secreto.

Estaban excitadas y listas, una mujer adolorida siendo consolada por otra, me enterneció, por lo que pregunté a mi criada:

— ¿Te llegaste a correr antes?

— No, ¡te lo juro!— mcontestó con la voz entrecortada por el calor que sentía.

— Túmbate— ordené y reacomodándolas, puse su pubis en disposición de ser devorado por la mujer.

Esta se lanzó como una fiera sobre él y separando con los dedos los labios inferiores, se apoderó del su clítoris mientras que con la otra mano le acariciaba los pechos. María estaba recibiendo el premio a su fidelidad. Después de su merecido castigo, su amante la recompensaba otorgándole el placer de ser reconfortada en lo más íntimo.

Sus ojos me miraban con deseo y gratitud mientras sus piernas se abrazaban a la mujer. Al notar que sus senos eran acariciados, su sexo se licuó entre lamida y lamida. La visión del culo de Patricia mientras proseguía comiéndose a mi criada me devolvió a la realidad y me apeteció ser partícipe de esa unión.

Buscando algo que me sirviera, hallé sobre la mesa una botellita con aceite de oliva:

«Perfecto», sentencié y separándole las nalgas a mi amiga deposité unas gotas sobre el inicio de su trasero.

Ella al sentir el contacto de mis manos, levantó su trasero sabiendo que era inevitable. Con mi mano lo extendí, concentrándome en su agujero virgen. Aunque se lo mereciera no quería excederme cuando hiciera uso del mismo, de forma que fui relajándolo con un masaje, ella respondió como una loca mis caricias. Sus dientes se apoderaron del botón de placer de María, mientras sus dedos empezaban a someter a la vagina de la mujer a una más que deseada tortura.

Con mi criada a punto de explotar, decidí que era hora de romperle por primera vez su esfínter y poniendo mi pene en la entrada trasera de la mujer, de una sola embestida introduje mi extensión dentro de ella.

Gritó de dolor, pero no intentó zafarse de mi agresión. Asumiendo que era una reacción lógica, dejé que se acostumbrara a mi grosor dentro de ella para acto seguido comenzar con mis embestidas. Completamente llena, Patricia se había olvidado que tenía que seguir consolando a María y ésta tirándole del pelo volvió a acomodar la boca de la mujer en su sexo, manteniéndola en esa posición sujetando su cabeza con las manos.

Para entonces la ex de Miguel era nuestro objeto de placer. Sabedora de su papel, no paró de lamer y mordisquear el clítoris de mi amante mientras yo estrenaba su culo. Babeando notó que la mujer que se estaba comiendo, estaba cercana al clímax.

¡Iba a ser la primera vez que una hembra se corriera en su boca!

Deseosa de esa experiencia, aumentó el ritmo de sus caricias al sentir los primeros espasmos de placer de la muchacha. No tardó en recibir el río ardiente de la mujer y aunque era nuevo para ella el sabor agrisulce del flujo, como posesa buscó no desperdiciar ni una gota de ese regalo manjar, bebiendo y absorbiendo mientras su propio cuerpo dejaba de sufrir por mis incursiones y más relajada empezaba a disfrutar de mis movimientos.

María se levantó satisfecha para ayudarme con la muchacha, y poniéndose

debajo mío, separó sus labios, introduciéndole dos dedos en su vulva.

Patricia no se podía creer ser sodomizada y follada a la vez. Ya sin ningún recato gritaba que siguiéramos, que era una puta pero que no paráramos. Sus caderas se movían sin control, buscando el placer doble que le provocaban los dientes de mi criada sobre su clítoris y mi pene rompiéndole su virgen culo.

Tuve que intervenir y sujetándole por la cintura, acomodé sus movimientos a mis penetraciones. No quería que se desperdiciara esa primera vez por la descoordinación de nuestros cuerpos. Ella no entendió este parón, por lo que me exigió que siguiera recibiendo un azote como respuesta.

— Tranquila.

Volví a recomenzar mis penetraciones, sintiendo como toda mi extensión recorría su ano:

— Muévete solo cuando te lo ordene.

Comprendió que es lo que quería cuando mi mano cayó por segunda vez sobre sus nalgas:

— ¡Ahora!

Era una buena aprendiz, sus caderas se acomodaron al ritmo, siguiendo el ritmo marcado por mis manos sobre su trasero. Estábamos en perfecta armonía, empujando al recibir los azotes, recibiendo mi extensión a continuación. Poco a poco fuimos incrementando la cadencia, hasta que nuestro galope se convirtió en una carrera sin freno. María, que no dejaba de introducir sus dedos en ella, cambió el objetivo de su boca, empezando a jugar con mis testículos cada vez que estos se acercaban a su lengua.

Patricia, apoyó su cabeza contra la alfombra, cuando desde su interior como si fuera una llamarada su cuerpo se empezó a convulsionar de placer, y derramándose en un torrente de líquido que recorrió sus muslos, cayó agotada sobre el suelo, mientras ya encima de ella, proseguí introduciendo mi pene en sus entrañas, excitado por sus gemidos. María me besó dejándome que mi lengua se introdujera en su boca, acelerando mi excitación.

Era el dueño.

Tenía a mis dos mujeres donde yo quería, y tras unos breves pero intensos momentos, exploté dentro de la rubia, mientras besaba con pasión a mi criada. Tas lo cual, caí agotado pero satisfecho.

Escoltado por dos bellezas. Una a cada lado, rubia y morena, diferentes pero ambas mías.

En cuanto me hube recuperado un poco, me puse en pie exigiendo mi comida. Las muchachas me dijeron si no me había saciado suficiente, y

cabreado les aclaré:

— Esto fue un aperitivo— en sus caras su felicidad era patente— el banquete será esta noche en la cama, pero ahora quiero cenar— y viendo que se sentaban en la mesa, agregué mientras cortaba el filete: — ¡El servicio come en la cocina!

CAPÍTULO 4

Las esperé en mi cama, esa noche era nuestro estreno, habíamos compartido nuestros cuerpos pero sobre mi lecho íbamos a firmar el pacto de unión entre los tres. Patricia, el bellezón de treinta y dos años, que había sido la esposa de mi amigo Miguel, se iba a convertir en parte de nosotros, mediante el ritual ancestral de entregar su cuerpo y su alma plenamente. Debía de sincerarse, y decidir dejar su vida atrás, para convertirse en nuestra hembra. María, mi amante criada, a la cual le había hecho descubrir las delicias del sexo con solo dieciocho años, estaba de acuerdo, no solo la deseaba, sino que comprendía que yo necesitaba a alguien, que se ocupara de mí, mientras estaba en Madrid.

Agarradas de la mano las vi entrar a mi habitación, ambas llevaban un camisón de raso que dejaba entrever la perfección de sus cuerpos. Patricia era más alta, rubia con unos pechos pequeños pero engalanados por unas rosadas aureolas que pedían a gritos ser besadas, un estómago firme de mujer que no solo ha pasado por el trance de los niños sino que reflejaban el ejercicio que diariamente realizaba en el gimnasio. María en cambio, era un maravilloso ejemplar de la raza mediterránea, con su pelo negro ondulado por los rizos, la piel morena que hacía resaltar sus ojos azules. Si su cara ya era hermosa, su cuerpo era perfecto, con la belleza juvenil de sus veintitrés años, sus senos eran la delicia de cualquier hombre, no solo por su gran tamaño, sino que se mantenían inhiestos pidiendo ser tocados, la gravedad todavía no había hecho mella en ellos y su cintura de avispa no era más que un aviso de lo que se avecinaba más abajo, unas caderas redondas enmarcadas por un trasero de negra, redondo y respingón que era una delicia acariciar.

— Venid aquí— ordené golpeando con mi mano la cama.

Al andar movían sus caderas, provocando como solo saben hacerlo las mujeres que se sabían atractivas y bellas. Mientras se acercaban gateando sobre la colcha, dejaron que mis ojos contemplaran a través de sus profundos escotes la rotundidad de sus curvas. Eran dos panteras y yo su voluntaria presa. Sin mediar palabra, María empezó a desabrochar mi pijama mientras sus labios buscaban mis besos. Patricia en cambio se entretuvo bajando los tirantes del camisón de la muchacha y cogiendo sus pechos con la mano me los ofreció como ofrenda. No me pude negar a sus caricias, sin moverme mi lengua recorrió el inicio del pezón que voluntariamente me acercaban y al hacerlo pude ver como se retraía tímidamente, endureciéndose excitado. Ella misma, se bajó también el camisón, dándome de igual forma sus senos, sin

dejar de acariciar los de María. No me podía quejar, al alcance de mi boca estaban cuatro de los mejores pechos de mi vida, deseosos que hiciera uso de ellos. La escena no podía ser más excitante. Dos hembras complaciendo a su macho, y éste deseando serlo.

— ¡Relájate mi amor! ¡Déjanos hacer!— dijo Maria.

Juntas me despojaron de mi ropa. Entre besos y caricias, me vi desnudo enfrente de ellas. Patricia tomó la iniciativa: bajando por mi cuerpo, su lengua se deslizó suavemente por mi cuello, pecho, entreteniéndose cerca del ombligo, mientras sus manos subían por mis piernas, acercándose a mi entrepierna. María, en cambio, seguía dándome de mamar, mientras sus manos acariciaban la espalda de la mujer.

— ¿Te gusta?— me decía mientras yo mordía sus pezones, torturándolos.

Seis manos, seis piernas entrelazadas en busca de placer, tres mentes perfectamente coordinadas en una meta común, la unión de nuestros cuerpos y la exploración de nuevas sensaciones.

El sentir, la humedad de la boca de Patricia cerca de mi pene, me hizo gemir anticipando el placer que me iban a otorgar. Fue la señal que esperaba la morena, para unirse a la mujer, y asiendo mi extensión con la mano, jugueteó con mi glande, explorando todos sus pliegues mientras la otra sin ningún recato se apoderaba de mis huevos, introduciéndoselos en la boca. Estaba siendo atacado por dos frentes, sentía como las dos mujeres competían entre sí, buscando mi excitación, mientras sus cuerpos se agitaban nerviosos por sus caricias mutuas.

Estaba en el cielo, y ellas lo sabían, por lo que coordinándose, ambas se apoderaron de mi palo, con sus bocas, era como si se estuvieran besando a través de mi grosor, sus labios se tocaban, sus lenguas jugaban sobre mi piel, siendo yo un mero espectador privilegiado de sus caricias.

Tantos estímulos hicieron que se acelerara mi clímax, y ellas al sentir que se acercaba, como posesas buscaron ser las dueñas de mi explosión. Sus bocas se convirtieron en una extensión de mi capullo, no podía distinguir quien era la dueña de la lengua que me acariciaba, ni la que con sus dientes mordisqueaba la cabeza de mi pene, eran ambas, las que intercambiándose la posiciones, deseaban ser la primeras en beber de mi simiente.

— ¡Yo también quiero!— protestó patricia al ver que María se apoderaba de mi sexo.

Cuando expulsé el líquido pre—seminal, dos lenguas disfrutaron de su sabor, y ansiosas dos manos asieron mi extensión para buscar mi placer,

comenzando a menearla, mientras sus bocas estaban listas para recoger la cosecha. Sentí una descarga cuando mi semen subiendo por el conducto en potentes explosiones era devorado por ellas, que como buenas amigas compartían alternativamente el chorro que salía de mi capullo en una perfecta unión. Fue un orgasmo brutal, no dejaron de ordeñar mi miembro, hasta que convencidas que habían sacado hasta la última gota de mi semilla, me preguntaron que me había parecido. No les pude mentir:

— Ha sido uno de las mejores mamadas que nunca me han hecho.

Satisfechas por su hazaña, se tumbaron a mi lado, y acercándose, se abrazaron a mí, besándonos los tres con pasión. No habíamos tenido suficiente y el sudor que corría por nuestros cuerpos facilitaba nuestras maniobras, y al ver como Patricia se comía con los ojos a mi criada, decidí ayudarla y poniendo a la muchacha entre nosotros, empecé a acariciarle los pechos. María se estremeció al sentir como cuatros manos recorrían su cuerpos, y notar como dos bocas se apoderaban de sus pezones.

— Me encanta— gimió cuando Patricia inició el descenso hacia su vulva y abriendo le grito que era todo suyo. La rubia no se hizo de rogar y separando con los dedos sus labios inferiores, acercó la lengua a su botón de placer. Solo el aliento de la mujer, cerca de su cueva hizo que se humedeciera. Pero cuando introduciendo un dedo en la vagina comenzó a torturarla, la humedad se transformó en río y el flujo mojó la mano de la mujer que al percibirlo ansiosamente se llevó la mano a la boca mientras provocativamente saboreaba su gustillo agridulce.

— Manuel hazme el amor, necesito sentirte dentro— me rogó y subiéndose encima, empezó a ensartarse toda mi extensión, dándome la espalda de forma que su sexo seguía estando a disposición de Patricia.

La lentitud con la que se empaló, me permitió notar cada uno de sus pliegues, percibir como fue desapareciendo mi pene en su interior y como mi capullo rozaba la pared de su vagina, llenándola por completo.

Verla así, abierta de piernas con mi sexo en su interior, era algo demasiado atrayente para desperdiciarlo y simultáneamente al inicio de los movimientos de María, con la lengua se adueñó del clítoris de la morena, y bajando la mano a su propia entrepierna, empezó a masturbarse frenéticamente tratando de participar de esa forma en nuestra unión.

— ¡No es posible! Seguid así, ¡soy vuestra puta! — dijo María, increíblemente excitada por nuestros dobles manejos, aceleró sus movimientos en un loco cabalgar cuyo fin no podía ser otro que el fundirse con nosotros

antes que su interior explotara en brutales sacudidas de placer.

Con su respiración totalmente entrecortada y el corazón latiendo desenfrenadamente, gemía pidiéndonos que continuáramos, mientras su vulva se derretía por el calor y sus manos pellizcaban sus pezones en busca de un plus de excitación. Pero fue cuando Patricia se levantó poniéndole su propio sexo en la boca de la morena el momento en que ésta estalló retorciéndose como posea, y coincidiendo su climax con el mío, mi simiente y su flujo se mezclaron antes de resbalar por nuestros cuerpos.

Caímos agotados sobre la cama, mientras Patricia se dedicaba a absorber los restos de nuestra unión, y reiniciando su masturbación consiguió su propio orgasmo, justo cuando su lengua había conseguido su propósito y sobre nuestros cuerpos no quedaba ningún huella de nuestro éxtasis.

Fue también ella, quien tras unos momentos de descanso, rompió el silencio:

— Gracias, nunca había dado tanto placer, siempre busqué en el sexo mi propio disfrute, y me habéis enseñado lo estupendo que es dar en vez de recibir — dijo antes de echarse a llorar.

Pensando que lo único que le ocurría era que se había puesto tierna después de tanta incertidumbre, dejé que la morena la consolara, mientras bajaba al bar a coger un cava, para celebrar el inicio de nuestro acuerdo. Por fin había conseguido que dos mujeres de bandera, compartieran gustosas mi cama, y que además no solo desearan mis abrazos sino que estuvieran ansiosas de acariciarse entre ellas. Los tríos son difíciles, por eso deben de al menos tener un buen inicio.

Al volver con la botella y las tres copas, Patricia seguía llorando y María estaba seria, con caras de pocos amigos, me había perdido algo y no tenía ni idea de lo que había sido.

— ¿Qué pasa?— pregunté extrañado.

— Tu amigo Miguel es un hijo de puta— me espetó María mientras su ex no paraba de berrear, — Pati, tiene algo que contarte.

No entendía nada, creía que había aclarado con la mujer, el hecho que me había intentado engañar, pero que su marido me había sacado de su error enseñándome las fotos de los cuernos que le había puesto. Ella no lo había negado, por lo que para mí, todo estaba claro, Miguel era un cornudo, que se había pasado dos pueblos, pero nada más. Lo que me mosqueaba era que María se pusiera de su lado, era una mujer inteligente y si opinaba eso de mi amigo, al menos debía de escuchar la versión de Patricia.

Tuve que esperar unos minutos a que se tranquilizara, durante los cuales, no dejaba de pensar en lo que me iba a contar, y que consecuencias tendría en nuestra relación. No me gustaban las mentiras, y si iba a ir por ese camino, lo nuestro habría terminado antes de empezar. Cuando por fin pudo hablar, me dijo entre sollozos:

— Manuel, te he mentado pero es que me daba vergüenza que supieras la verdad— no abrí la boca esperando que terminara: — Lo que te han contado es falso y las fotos que has visto tienen otra explicación.

— Pati, no me importa lo que ocurrió, es pasado— le expliqué tratando de evitar su mal trago y que se tuviera que inventar una mentira para disculpar su error.

— ¡Pero yo quiero que sepas la verdad!— por la ira con la que me respondió, asumí que lo mejor era escuchar toda su versión sin interrumpirla.

— Te escucho— le contesté.

— Como sabes, conocí a Miguel siendo una niña, fue mi único novio. Era el hombre ideal, cariñoso, trabajador, con éxito, y encima guapo, por eso cuando me pidió que nos casáramos, me pareció algo natural, mi vida estaba enfocada a ser una esposa y para mí era más que suficiente— todo lo que me había dicho era verdad, hacia casi veinte años que los conocía por lo que podía asegurarlo— durante los primeros años de matrimonio todo siguió igual, él trabajaba y yo le cuidaba, mientras que nuestra situación económica no hacía más que mejorar. Nos cambiamos de casa, a él le nombraron director de la compañía, de forma que éramos la envidia de nuestro círculo.

Supe que ahora venía lo realmente importante, todo lo que nos había explicado no debía de ser más que el prólogo del inicio del derrumbe de su relación.

— Cuando pedí hablar contigo, estaba desesperada, no tenía a nadie más al que acudir, ya que no solo eras nuestro amigo, sino que sabía en mi interior que te gustaba, y que por tu carácter no ibas a permitir que siguiera con su juego— la angustia de su mirada, me acongojó, lo que me iba a contar era demasiado cruel, para que soltarlo la primera vez:— Lo que no me esperaba era que al cenar contigo esa noche y luego al venir contigo a Extremadura, la atracción que por ti sentía se convirtiera en deseo y que junto con María, termináramos haciendo el amor.

Rememoré esa noche, donde ella no paró de coquetearme y el viaje en coche donde ya descaradamente buscaba seducirme, pero nada de eso me aclaraba que es lo que había acudiera a mí, después de que Miguel la echara

de casa. Como no quería alargar su mal rato, le pregunté.

— Pati, todo eso lo sabemos, ¿pero qué pasó entre vosotros para que llegaras con un matrimonio roto y los ojos morados?

Totalmente destrozada, me expuso como su marido, al ver que había conseguido el éxito profesional y social, poco a poco se fue distanciando de ella, buscando en otras mujeres la excitación que no encontraba en casa. Ella, que no era tonta, lo sabía pero no le importaba, mientras siguiera manteniendo su status, y siempre que él cumpliera en la cama. Para ella, esas mujeres no eran importantes, ya que ella era la señora de la casa, no era lo que había soñado pero no iba a permitir echar por la borda todos esos años de esfuerzo. Así con un matrimonio de conveniencia estuvieron un par de años, pero todo empeoró cuando Miguel se aficionó a las cartas, y todas las noches iba a garitos donde perdía grandes sumas de dinero en el juego.

«Miguel un ludópata», sabía que jugaba y que le gustaban la mujeres, pero de ahí a ser un adicto que se arruinaba noche tras noche, había un abismo, pero me hizo recordar que hace tres meses, le había prestado seis mil euros por que según él se había excedido en los gastos.

Patricia tomó aire, antes de continuar:

— Nuestra situación económica iba de mal en peor, al igual que nuestra relación, pero hace una semana llegó borracho, a las tres de la mañana con un amigo. Yo estaba dormida, cuando sentí como me despertaban. Miguel me dijo que le tenía que ayudar, que había perdido mucho dinero, y que no tuvo más remedio que apostarme en la última jugada.

— Como puedes comprender, al oírlo terminé de despertarme, no me podía creer lo que estaba diciendo, cuando entró su colega en el cuarto, y sin más preámbulo empezó a tocarme y a acariciarme, mientras "tu amigo", cogía la cámara de fotos. Traté de escapar, pero me agarró de los brazos y tumbándome en la cama, desgarró mi vestido, empezando a violarme. Fue el peor momento de mi vida, cuando sentí como me penetraba ese salvaje, mientras Miguel tomaba fotos animándole sin parar de preguntarle que le parecía yo, de decirle que era una putita que valía el dinero que había pagado. Se estaba riendo cuando noté como se corría dentro de mí.

— Habían transcurrido sólo tres minutos desde que entraron a mi cuarto hasta que se fueron, pero fueron los más asquerosos de mi vida. Todo en lo que creía se había desmoronado, me sentía vejada, denigrada, y lo más doloroso era que esa puñalada me la había asestado mi marido.

— Al día siguiente, estaba todavía llorando, cuando Miguel volvió a casa.

Venía con el rabo entre las piernas, pidiéndome que le perdonara, que no sabía por qué lo había hecho, que estaba drogado y jurándome que era la última vez que se ponía delante de una mesa de cartas.

De ser cierto, no solo era un hijo de puta, sino poco hombre, al que todos los apelativos le quedarían cortos. Me dolía la cabeza del cabreo, las venas de mi cuello, la tensión de mis hombros no eran más que un mero reflejo de la ira que sentía en ese momento.

— ¿Y qué hiciste?— le pregunté asombrado por lo que acaba de oír.

— Como una boba, le creí, aunque humillada en lo más íntimo, pensé que no se volvería a repetir.

— ¡Pero ocurrió!— sentenció María, interviniendo por primera vez.

— Sí, antes de ayer me vino con que todavía debía mucho pero que tenía unos conocidos que se harían cargo de sus deudas, si me acostaba con ellos. Al negarme, se puso hecho una fiera, recriminándome el dinero que se había gastado en mí, y todo lo que me había dado durante esos años. Viendo que no cedía empezó a amenazarme con mostrarle las fotos a mis padres, para que vieran lo puta que era su hija— la cólera al recordarlo la hizo llorar: — No pude resistirlo, y traté de abofetearlo con todas mis fuerzas, pero no llegué a tocarle porque él, me tumbó en el sofá, dándome la paliza que viste ese día.

María se abrazó a ella, tratando de consolarla, mientras le decía que no se preocupara que con nosotros estaba a salvo, y que yo no iba a dejar que siguiera con su juego. Eran dos versiones tan diferentes que no sabía con cual quedarme, pero era importante el decidir quien decía la verdad, sino lo hacía jamás podría volver a confiar en Miguel ni en Patricia. Estaba como paralizado, uno acusa de cuernos, y la otra de violación, la gravedad de la versión de Patricia hizo que inconscientemente fuera tendiendo a creer la de Miguel porque no podía aceptar que mi amigo fuera tan cabrón, pero tratando de recapacitar recordé las fotos que me había mostrado y caí que no solo habían sido tomadas en la habitación de ellos, sino que confirmando la historia de la mujer, un camisón desgarrado estaba tirado al lado de la cama.

Todo cuadraba, la pobre decía la verdad, y el que hasta entonces consideraba un amigo, era un mal nacido de la peor especie. Todavía me parecía oír sus palabras cuando le recriminé que hubiera pegado a su mujer, donde me decía "que desde ese momento Patricia era problema mío", por lo que dándole la razón, ya que él me la había cedido, vengarla era mi responsabilidad.

Decidido me acerqué a las dos mujeres, y levantando a Patricia de la

cama, le pregunté:

— ¿No eres acaso nuestra mujer?, esperé a que me contestara afirmativamente con la cabeza— pues entonces como dicen en México: "¡No es Hombre, el que no se venga!— y dándole un beso en los labios, grité: — ¡Brindemos por el sabor dulce de la venganza!— mientras servía tres copas.

CAPÍTULO 5

Despertar en brazos de dos bellezas es algo de lo que pocos hombres pueden alardear. Personalmente creo que es una sensación increíble el sentirse amado, deseado por una mujer pero esa mañana eran un par las que abrazadas a mí, dormían exhaustas tras una noche de pasión.

«Me podría acostumbrar a esto», pensé mientras observaba extasiado a esos dos monumentos durmiendo. Eran dos hembras de bandera pero distintas.

Patricia con sus treinta y dos años era un espectacular ejemplo de espectacular rubia que conjugaba un cuerpo perfecto con una fogosidad a explorar. Jamás se me hubiese pasado por la cabeza que esa amiga de juventud escondiera en su interior una amante ardiente, pero ahora que lo había descubierto pensaba explorar esa faceta a fondo. Sus pequeños y duros pechos eran ya de por sí una tentación pero si a eso le uníamos una cintura de avispa y unas piernas bien moldeadas, supe que de dejarla libre no tardaría en conseguir que un hombre que la adorase.

María, mi criada y amante, no le iba a la zaga. Morena de revista y con cara de no haber roto un plato, parecía sacada de un desfile de modas y para colmo durante los años de servicio en mi casa, esa veinteañera de grandes senos se había revelado como una fiera en la cama.

Mirándolas me di cuenta que no podía perder a ninguna de los dos aunque eso supusiera tener que modificar la rutina en la que llevaba instalado tantos años. El tema no era sencillo porque no podía olvidar que Patricia era todavía oficialmente la esposa de Miguel y nuestro entorno no entendería que de primeras esa monada pasara a ser públicamente mía. Y qué decir de mi relación con mi compañera de los últimos cinco años, relación que por su bien mantuve oculta a los ojos de su pueblo para que no sufriera las insidias de la gente.

«Debo de tomar una resolución equitativa para ambas», medité. Sabía que no podía hacer del conocimiento general que habían aceptado voluntariamente formar parte de un trío pero tampoco se merecían que las escondiera como si fueran apestadas.

Estaba todavía pensando en ello, cuando aún somnolienta María abrió los ojos, sorprendiéndose de ver que yo que estaba despierto.

—Buenos días— me empezó a decir.

Pero entonces cerrándole la boca con un beso le dije:

—Quiero verte haciéndole el amor.

La muchacha sonrió al escuchar mi orden y dándose la vuelta, se concentró en la mujer que tenía a su lado. Sus manos comenzaron a recorrer el cuerpo desnudo y aun dormido de mi amiga mientras yo permanecía atento a sus maniobras. Cogiendo un pecho con sus manos, empezó a acariciarlo mientras Patricia seguía soñando. Sin poderlo evitar sus pezones se erizaron al sentir la lengua de mi criada recorriéndolos, y en su sueño se imaginó que era yo el que lo hacía.

Sin abrir los ojos se fue calentando e inconscientemente entreabrió sus piernas facilitando la labor de la morena. Desde mi privilegiado puesto de observación vi como ésta le separaba los labios y acercando su boca se apoderaba de su clítoris. La rubia recibió las caricias con un gemido mientras se despertaba. María, al notarlo, usó su dedo para penetrarla mientras seguía mordisqueando el botón del placer. Al abrir sus ojos, me vio mirándola y fue por primera vez consciente que quien la estaba masturbando era mi amante.

—Disfruta—dije pasando mi mano por un pecho: —Me encanta ver cómo te posee—.

Un tanto cortada se concentró en las sensaciones que estaba sintiendo en ese momento a estar siendo acariciada por dos personas de distinto sexo. Y es que aunque la noche anterior había participado en un trio por primera vez, no pudo dejar de darse cuenta que le gustaba la forma en que esa jovencita le estaba haciendo el sexo oral.

«Nadie me lo ha hecho con tanta delicadeza», murmuró para sí al notar que la chavala metía el segundo dedo en el interior de su coño.

Esa experiencia jamás disfrutada provocó que el placer empezara a florecer en su interior y con un jadeo, presionó con sus dedos la negra melena contra su sexo exigiéndole que la liberara. María no se hizo de rogar y usando su traviesa lengua, se dedicó a minar la resistencia de la ex de Miguel jugando con su clítoris.

—¡Por favor! ¡No pares!— aulló Patricia experimentar la caricia de una yema recorriendo su ojete.

Mi criada al escuchar que no se oponía sino que deseaba ver su esfínter desflorado, introdujo una primera falange en ese hoyuelo sin anticipar que con ello la mujer estallara en un orgasmo que empapó sus mejillas. Entonces completamente dominada por la pasión y con su propio coño hirviendo de placer, se lanzó en cuerpo y alma a satisfacer a la rubia.

Ese renovado afán llevó a Patricia a alcanzar un clímax tras otro

retorciéndose sobre el colchón y justo creía que no iba a poder más, me oyó decir mientras las cambiaba de posición:

—Es hora que le devuelvas el placer.

No hizo falta que le aclarara nada más, en cuanto vio el coño de mi criada, se lanzó como una fiera sobre él y separando con los dedos los labios inferiores se apoderó de su clítoris.

—Ahí tienes el premio a tu fidelidad — dije a María dejándolas solas mientras desaparecía rumbo al baño...

Llevaba diez minutos en el jacuzzi cuando las vi entrar radiantes. La alegría de sus rostros era muestra suficiente de lo satisfechas que les había dejado ese encuentro lésbico por ello no me sorprendió que, sin que yo tuviese que pedírselo, las dos me empezaron a enjabonar con cariño. No tuve que ser premio nobel para advertir en esas tiernas caricias una entrega que rayaba en la devoción y disfrutando del momento, cerré los ojos para que nada empañara el momento.

Durante largo tiempo, permanecí inmóvil mientras me bañaban y curiosamente al salir de la bañera, la más dispuesta para secarme fue la ex de Miguel que melosamente me rogó que la dejara a ella ese honor. Ni siquiera escuchó mi respuesta y cogiendo una toalla, me esperó en mitad del baño con una sonrisa en su boca.

Me hizo gracia su disposición y por eso no me quejé cuando agachándose sobre las baldosas de mármol, me empezó a secar los pies. Sus manos y la tela fueron recorriendo mis piernas sin que nada en ella delatara que sentía incomodidad alguna por mostrarse tan servil e incluso cuando llegó a mi sexo, demostrando una profesionalidad digna de alabanza se entretuvo secando todos y cada uno de mis recovecos sin que en su cara se reflejara ningún tipo de disgusto.

Y solo cuando mi pene reaccionó a ese contacto endureciéndose, la treintañera sonrió diciendo:

—Al igual que María, soy y seré siempre tuya.

Esa frase escondía un significado evidente y que no era otro que si en ese momento deseaba una mamada solo tenía que pedírselo. En ese instante comprendí que me encontraba frente a un dilema que no era otro más que definir el tipo de vínculo que me uniría con esa mujer en el futuro. Sabía que si le ordenaba hacérmela, Patricia aceptaría sellando con ello su subordinación a

mí pero no sabía si eso era lo que le convenía después de un matrimonio opresivo. Por eso mi respuesta levantarla del suelo y besarla.

La ex de Miguel recibió mis besos con una pasión desconocida en ella y mientras recogía mi verga en sus manos, murmuró:

—Hazme el amor.

La urgencia con la que me lo pidió, me obligó a cambiar de planes y llevándola en brazos hasta la cama, la besé nuevamente. Contra toda lógica era ella la más necesitada cuando apenas unos minutos antes había disfrutado de María y sin esperar que terminara de tumbarme, me ofreció sus pechos diciendo:

—Necesito entregarme a ti.

Comprendí que sus palabras eran mitad suplica y mitad orden. Se sabía hermosa pero necesitaba sentirse deseada y por ello decidí complacerla mordisqueando uno de sus pezones. Patricia, totalmente contagiada por la pasión, se quedó quieta mientras mi lengua jugaba con su areola. Su mutismo permitió que mis caricias se fueron haciendo cada vez más obsesivas sabiendo que ella estaba disfrutando de ese ataque.

—Eres un cabrón— gimió al sentir que con mis dedos le regalaba un dulce pellizco al pezón libre. Olvidando su recato dejó de disimular y comenzó a gemir como una loca.

Haciendo caso omiso a su turbación, profundicé mi asalto bajando por su cuerpo con mis manos hasta llegar a su entrepierna. No sé qué me resultó más excitante, si oír su aullido o descubrir que llevaba el tanga totalmente empapado.

—¡Quiero ser tuya!— imploró con los ojos inyectados de lujuria al notar que mis yemas se habían apoderado de su clítoris.

Totalmente desencajada, tuvo que sufrir en silencio la tortura de su botón mientras como un depredador acorralando a su presa, yo disfrutaba al certificar que no poco a poco mis toqueteos estaban elevando el nivel de la temperatura de su cuerpo.

—Córrete para mí— susurré en su oído.

La rubia que había estado reteniendo sus ganas de correrse al escuchar mi deseo, se liberó dejando que su cuerpo siguiera su instinto y dando un grito se desplomó sobre las sábanas. Me encantó comprobar que también cuando la amaba tiernamente se excitaba y por ello cuando cogió mi sexo con sus manos la dejé continuar.

—Me vuelves loca— exclamó al comprobar mi erección y abriendo sus

labios fue devorando mi polla lentamente hasta que la acomodó en su garganta.

Entonces y solo entonces, empezó a meterlo y a sacarlo de su interior con un ritmo endiablado. Su pericia y la tensión acumulada desde que me desperté provocaron que mi cuerpo reaccionara violentamente y exploté derramando mi simiente en su boca.

La ex de mi amigo recibió su regalo con satisfacción y en plan goloso fue devorando mi simiente al ritmo con el que mi pene la expulsaba hasta que habiendo comprobado que ya me había ordeñado, con su lengua limpió los restos y sonriendo, me soltó:

—¿Quieres que llame a María para que me ayude a levantarlo otra vez? ¡Necesito que me hagas tuya!

Supe que me estaba retando y haciendo tiempo para recuperarme, hundí mi cara entre sus piernas. Su sexo me esperaba completamente mojado y al pasar mi lengua por sus labios, su aroma de mujer inundó mis papilas.

—Para ser tan zorra, tienes un coño riquísimo— comenté muerto de risa al ver lo bruta que estaba y recreándome en su sabor, recogí su flujo en mi boca mientras mis manos se apoderaban de sus pechos.

Patricia colaboró separando sus rodillas y posando su mano en mi cabeza, me exigió que ahondara en mis caricias diciendo:

—Fóllame y seré eternamente vuestra.

Que incluyera a mi criada y amante en esa promesa me volvió loco y pellizcando sus pezones, introduje mi lengua hasta el fondo de su sexo. Patricia al experimentar esa nueva incursión aulló de placer y casi llorando, me rogó que la tomase. Obviando sus deseos, seguí enredando con mi lengua en el interior de su cueva hasta que nuevamente sentí cómo el placer la dominaba y con su cuerpo temblando, se corría en mi boca.

Su enésimo orgasmo, azuzó mi lujuria y tumbándola boca abajo sobre las sábanas, de un solo empujón rellené su coño con mi pene. Ella al experimentar el modo con el que mi glande chocaba contra la pared de su vagina, gritó presa del deseo y retorciéndose como posesa, me pidió que la diera caña. Obedeciendo me apoderé de sus senos y usándolos como apoyo, me afiancé con ellos antes de comenzar un galope desbocado sobre ella.

Lo que no me esperaba fue que berreando entre gemidos, la ex de mi amigo me gritara:

—Júrame que vas algún día vas a preñarme. Quiero que seas el padre de mis hijos.

No lo había pensado pero la idea que mi semilla fertilizara su vientre, me

hizo enloquecer y fuera de mí, incrementé el ritmo con el que la penetraba. La rubia premió mis esfuerzos chillando que me corriera en su interior porque sentía que le había llegado la hora de ser madre.

Su confesión espoleó mi lujuria y cogiéndola de los hombros, profundicé mis embestidas hasta que completamente descompuesta se corrió nuevamente. Si estar satisfecho, convertí mi galope en una desenfrenada carrera que tenía como único objetivo derramar mi simiente en su útero pero mientras alcanzaba mi meta llevé a mi amante a una sucesión de ruidosos orgasmos.

Cuando con mi pene estaba a punto de explotar, la informé que me iba a correr. Ella al oírlo, contrajo los músculos de su vagina y con una presión desconocida por mí, obligó a mi pene a vaciarse en su vagina.

Agotado por el esfuerzo, me deje caer a su lado. Patricia me recibió entre sus brazos con alegría y comportándose como la más tierna amante, murmuró dichosa:

—Te tengo que dar las gracias por hacerme tan feliz. Llevaba años sobreviviendo y jamás pensé que volvería a recobrar las ganas de disfrutar de la vida.

Sus palabras me hicieron recordar el suplicio que había pasado en su matrimonio y comprendí que había llegado la hora que lo dejara atrás.

—Tenemos que hablar— respondí y tras lo cual le pedí que llamara a María.

Sin preguntar el motivo y cogiendo una bata, salió corriendo por la muchacha mientras en la cama me ponía a ordenar mis ideas. La morena debía de estar preparando el desayuno porque todavía llevaba el delantal al volver con ella al cuarto. Se notaba en sus rostros que eran conscientes de la importancia de lo que quería decirles y por ello no pusieron objeción alguna a sentarse en el sofá cuando se los pedí.

«Son preciosas», pensé mirándolas y queriendo dar una cierta formalidad, me vestí mientras ellas esperaban en silencio sin quejarse.

Una vez vestido, cogí una silla y tomando asiento frente a ellas, comenté a la que llevaba siendo mi amante desde que cumplió los dieciocho:

—María, me acabo de dar cuenta que he sido injusto contigo...— la cara de la cría empalideció al oírme quizás creyendo que ahora que tenía otra mujer la iba a echar de mi lado, al no querer que sufriera directamente le dije: — Me has dado tu amor sin pedirme nada a cambio y por ello te pregunto si quieres ser mi esposa a todos los efectos.

Lo último que se esperaba era que le pidiera matrimonio y por eso tardó

unos segundos en lanzarse a mis brazos respondiendo que sí. Habiendo dado su lugar a la persona que durante años había colmado mis necesidades de cariño, miré a Patricia.

La rubia permanecía hundida en el sillón casi llorando sin decir nada pero temiendo por su futuro porque no en vano había albergado esperanzas en vivir con nosotros. Al notar mi mirada, comprendió que debía felicitar a María y levantándose de su asiento, se acercó a darle la enhorabuena.

Para su sorpresa y su regocijo al hacerlo, la veinteañera la besó en los labios. La ex de Manuel perdió la compostura y se echó a llorar como una Magdalena mientras la felicitaba pero entonces la morena me miró y al encontrar la aceptación en mis ojos, le soltó:

—Cuando llegaste a esta casa, vi en ti una competidora pero después de conocerte sé que eres el complemento que necesitábamos. Por eso te pido en mi nombre y en el de mi futuro marido, si quieres ser nuestra mujer.

Sonreí al escuchar que tal como había previsto María no la iba a dejar en la estacada y confirmando sus palabras, comenté:

—Legalmente, no podremos formalizarlo pero si aceptas entre estas paredes todos tendremos los mismos derechos. María será tu esposa y yo tu marido. Los hijos que te engendre serán de los tres al igual que los que nazcan de su vientre.

Contra todo pronóstico, Patricia salió corriendo sin contestarnos y tuvo que ser María quien la alcanzara en el pasillo. Al preguntarle el motivo de su huida, la rubia contestó que aunque formar parte de nuestra vida era lo que más deseaba en el mundo, no podía porque antes tenía que romper con su pasado y divorciarse de Miguel.

Muerta de risa, la morena contestó:

—Deja eso en manos de Manuel, estoy seguro que no tardará en conseguir que ese cerdo te firme los papeles del divorcio – y girándose hacia mí, me soltó: —¿Verdad que lo harás?

—¡Por supuesto!— y adelantándome a sus deseos, con una sonrisa vengativa, concluí: —Nadie toca a mis mujeres y el primero en saberlo será él. Te prometo que si todavía le queda algo de patrimonio será tuyo...

CAPÍTULO 6

No tardé mucho en planear la venganza porque el modo de vida de Miguel y su desafortunada necesidad de complacer a sus acreedores me lo pusieron muy fácil. Solo tenía que aprovechar la costumbre que tenía desde hace años de ir todos los jueves a un tugurio y contratar a una puta para que se lo tirara.

Para ello contacté con Cleopatra, una de las meretrices más famosas de todo Madrid. El haber hecho uso de sus servicios asiduamente durante los últimos años facilitó las cosas porque entre nosotros había nacido algo más que amistad. No solo me caía bien y estaba estupenda, sino que incluso alguna vez la planteé sin éxito el sacarla de ese oficio.

Por ello y tras explicarle que ese hijo de perra había vendido a su propia esposa para pagar una deuda, esa morena se mostró receptiva.

—Ojalá venga con el cabrón que la violó— comentó ya dispuesta a participar en mi venganza y contra lo que me esperaba, rebajó su tarifa diciendo: —Seré una puta pero soy mujer y esos hijos de perra no pueden salirse con la suya.

Teniendo resuelto que ella iba a ser el brazo ejecutor de mi justicia, solo quedaba el cómo. Al exponerle mi plan, la zorrana lo cambió sobre la marcha diciendo:

—Sin certificado médico y mi profesión nadie se lo va a creer.

Y acto seguido me planteó unos cambios que me parecieron correctos, de forma que tras cerrar el pago de antemano me despedí de ella, poniendo en sus manos una fotografía de ese desgraciado.

Sabiendo que en tres días mi “querido amigo” estaría entre rejas, llamé a su mujer y tras confirmarle que había tenido éxito en la misión, quedé ni ella ni María se movieran de la finca no fuera a ser que todo se fuera al traste.

—Y tú, ¿cuándo volverás?— preguntó en plan meloso.

Haciendo gala de mi sangre gallega, respondí:

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tus dos zorritas te echan de menos— contestó muerta de risa— y aunque hemos sido cariñosas entre nosotras como nos pediste, necesitamos que vengas a ponernos en cintura.

El descaro de la chavala me hizo gracia y ejerciendo de su amo, le exigí que me contara como de “tierna” se había comportado María.

La rubia asumió que quería todo tipo de detalles y poniendo un tono

alicaído, replicó:

—Esta mañana estaba tan triste al despertar y ver que no estabas que pedí a tu prometida que me abrazara porque tenía frío.

—Me figuro que ella no puso ninguna objeción.

Del otro lado del teléfono, Patricia contestó:

—Ella estaba también helada y aprovechando que no teníamos nada que hacer durante todo el día, sugirió que nos quedáramos en la cama para ver si entrábamos en calor.

—Ya veo— comenté descojonado— cuéntame cómo entrasteis en calor.

La ex de Miguel dotando a su voz de una dulzura empalagosa, me recordó que cuando las había dejado estaban desnudas y que por ello al abrazar a mi futura esposa, pudo sentir los pechos de la morena aplastando los suyos.

—Y eso te puso cachonda— afirmé haciéndome una idea de la situación.

—Sí— reconoció y sin cortarse un pelo, me soltó: —Mi piel es tan sensible que al notar los pezones de esa zorrilla clavándose contra mis tetas, tuve que separarme y comprobar la razón por la que esos pitones estaban tan duros.

Asumiendo que quería ser interrogada, le pregunté qué había ocurrido:

—Tu novia es tan bella que tengo que confesar que algo en mí me forzó a probar si mi boca era capaz de abarcar sus apetitosos melones. Por ello, no dudé en dar un par de lametazos a sus areolas antes de ponerme a mamar.

—¿Y ella qué hizo?

Soltando una carcajada, respondió:

—La muy zorra empezó a gemir como una loca y no contenta con ello en cuanto notó mis dientes mordisqueando sus botones, me rogó que la masturbara.

La imagen era tan nítida en mi mente que provocó que bajo mi pantalón, mi pene se alzara hambriento y mientras la ordenaba que describiera los gritos de mi morena, no dudé en sacarlo de su encierro.

—Si crees que la conoces, te equivocas... porque suplantando tu papel, se convirtió en una dominatriz y tirándome del pelo, llevó mi pobre cabecita entre sus piernas.

—¡Menuda zorra!— exclamé en absoluto cabreado y reteniendo las ganas de reír al darme cuenta que se estaba haciendo la explotada cuando en realidad estaba encantada con lo ocurrido.

Patricia pilló al vuelo que no la creía y por eso exagerando su papel de víctima continuó diciendo:

—Te juro que nada pude hacer cuando puso los carnosos de su sexo en mis labios. Yo no quería pero azuzada por sus órdenes, no me quedó más remedio que sacando mi lengua ponerle a jugar con sus labios mientras ella me insultaba.

—Pobrecita— comenté llevando mi mano hasta el miembro que exigía mis caricias ya totalmente erecto.

La rubia descubrió por mi tono que estaba excitado y recreándose en los detalles, me contó que la perversión de María no había quedado ahí sino que la había obligado a pellizcarle las tetas mientras la obligaba a follársela con la boca.

—¡Qué cabrona!— indignado por tan duro trato exclamé.

Riendo, me dijo:

—Lo que no se esperaba esa malvada fue que, viendo que su cuerpo era sacudido por un intenso orgasmo, aprovechará el momento para castigar su comportamiento mordiendo su clítoris con dureza.

Y poniendo un tono impregnado de tristeza, murmuró:

—Pero el tiro me salió por la culata porque la guarra de tu novia al experimentar esa caricia, se puso a chillar que siguiera mientras gemía dando sonoros gritos.

—¡Qué vergüenza!

Con picardía, continuó:

—Al no estar tú, esa pobre estaba tan urgida del cariño que me pidió que la follara con mis dedos. Cómo soy tan obediente, usé mis yemas para tantear su sexo y aunque no te lo creas ¡estaba totalmente empapado!

—Siempre ha sido una calentorra— ratifiqué de cachondeo.

Patricia, al comprobar el interés con el que seguía su descripción de los hechos, se explayó explicando que como no quería hacerla daño al principio solo le había metido un poco una falange pero que María le había exigido no solo que la penetrara totalmente sino que usara al menos dos dedos.

—Definitivamente es una puta— sentenció con una sonrisa de oreja a oreja.

Mis palabras la azuzaron a continuar y adoptando el papel de tierna corderita, me describió como esa loba clavando las uñas en su indefensa espalda la había forzado a meter y a sacarlos de su interior sin importarle que estuviera sintiendo ella.

Para entonces mi muñeca ya se había adueñado de mi pene y con ritmo lento lo estimulaba. No queriendo que dejara de hablar le pregunté que había

sentido y entonces Patricia alegremente me soltó:

—Desde que soy tu zorrita fiel, me has enseñado a disfrutar de la belleza morena de tu prometida y como no soy de piedra, te confieso que me puso como una moto escuchar el chapoteo que mis dedos producían al follármela.

—¿Entonces disfrutaste?

—Mucho...— y haciendo una pausa, tomó aire y continuó: — me sentí feliz. Dichosa de saberme deseada y querida. Por eso cuando María me pidió que la besara las tetas, respondí con pasión y subiendo por su cuerpo, lamí toda su piel hasta llegar nuevamente a mi meta. Una vez allí y mientras con mis yemas seguía torturando su coñito, me dediqué a mordisquear sus pezones y a mamar de sus pechos hasta que tu amada no pudo más y se corrió diciendo lo mucho que me amaba.

—Eso está bien— respondí.

Creí que lo había dicho para ponerme celoso pero entonces poniendo un tonillo sensual, comenté:

—Al oírla, comprendí que no podría vivir sin ella y mientras prolongaba su orgasmo con mis mimos, susurré en su oído que yo la adoraba y le juraba que junto a ella, te haríamos feliz.

—No es para menos, sois más— contesté satisfecho de escuchar que ni siquiera cuando yo no estaba esas dos zorritas se olvidaban de mí— pero continua, ¿qué dijo ella?

—María me respondió que ya que nuestro macho nos había dejado solas, nosotras debíamos mantenernos calientes para cuando volviera y confirmando sus palabras con hechos, cambió de postura y se puso a comer mi chochito mientras ponía el suyo nuevamente en mi boca.

Descojonado, las insulté:

—Sois un par de putas.

Patricia sin perder el buen humor, contestó:

—Lo somos. Pero recuerda que fuiste tú quien nos convirtió en ¡tus putas!...

Tras cuatro días trabajando en mi despacho de abogados, llegó el jueves por la tarde. Quedaban pocas horas para que empezara mi venganza y sabiendo que no podía ni debía acercarme al tugurio donde tendría lugar, estaba nervioso. En cambio cuando hablé con Cleopatra, la prostituta que había contratado, la encontré extrañamente tranquila y hasta contenta. Al preguntarle los motivos, ese espectáculo de mujer contestó:

—Miguel llevo tanto siendo un objeto de la lujuria de los hombres y en mi profesión he visto tantas injusticias que me siento alegre de poder aportar mi granito de arena para que un cabrón sea castigado por lo que ha hecho.

Tras lo cual, repasamos nuestro plan y quedamos en que tenía que esperar a recibir un mensaje en el móvil que había comprado para la ocasión y que era irrastreable al estar a nombre de un muerto.

En teoría, no debía de pasar nada antes de la dos de la madrugada y por eso me sorprendió que el teléfono sonara sobre las doce. Al abrirlo, comprobé que me había mandado un selfie que se acababa de hacer y bajo esa foto, Cleopatra me preguntaba si el tipo que se había fotografiado junto a ella y a Miguel era el que había violado a Patricia.

—Es él— respondí sin ningún género de dudas al reconocer a ese malnacido.

Diez segundos, después recibí su contestación:

—Perfecto, mataremos dos pájaros de un tiro— y siguiendo las instrucciones que le había dado, me informó que iba a borrar esos mensajes.

Jamás en mi vida, el tiempo ha pasado más lento que esa noche. Por mucho que miraba el reloj, las puñeteras agujas parecían no avanzar y por ello, recibí como una liberación que me informara del hotel y del número de habitación.

«Se ha dado prisa», medité al comprobar que eran las dos menos veinte y sabiendo que lo más complicado ya estaba hecho, me puse una copa para celebrarlo.

Mientras degustaba el whisky, me puse a pensar en que la mayoría de los hombres hubiesen caído en esa trampa y asumiendo que yo no me hubiera librado de sucumbir a los encantos de esa belleza, me dio hasta pena mi antiguo amigo hasta que recordé cómo había usado a su propia mujer para cubrir sus deudas de juego.

«¡Qué se joda!», mascullé dando por sentado que ese par solo recibirían parte del daño que habían provocado y viendo mi venganza más cercana me serví otra copa.

Hora y media más tarde, recibí un angustioso mensaje que de no saber lo que ocurría, me hubiese espantado.

—Llama a la policía.

Tomando las precauciones debidas, cogí mi coche y alejándome tres kilómetros de mi casa, marqué el 112. La policía encargado me preguntó que deseaba y haciéndome el histérico le expliqué que una amiga me había mandado un mensaje desde la habitación 1507 del hotel Buenavista diciendo

que estaba en peligro.

—Me da su nombre— preguntó la telefonista pero no le contesté porque nada más escucharlo colgué.

«Ya está», me dije y sin nada más que hacer, decidí ir a comprobar que me habían hecho caso, no fuera a ser que la droga que esa mujer había tomado fuera letal al no recibir ayuda médica.

«Una intoxicación por GHB debe ser tratada en menos de una hora», pensé recordando la información que había obtenido en internet de ese compuesto famoso por ser usado en multitud de violaciones.

Por ello, me dirigí a la calle donde estaba ese establecimiento y ni siquiera tuve que aparcar porque al pasar por enfrente, vi como subían a Cleopatra a una ambulancia. Ya tranquilo, volví a casa y me dormí sin que ningún remordimiento me impidiera conciliar el sueño.

Más o menos a las seis, me despertó el teléfono. Como sabía de qué se trataba, lo dejé sonar durante un minuto antes de contestar. Tal y como había previsto, era una llamada de Miguel en la que me pedía ayuda porque le habían detenido por algo que no había hecho.

—Tranquilo, dime en qué comisaría estás y voy de inmediato.

Tras decirme que donde estaba, le pedí que me esperara y que se negara a declarar hasta que llegara su abogado.

Ralentizando mi partida, me duché, afeité y acicalé antes de salir de casa. Quería con ello que Miguel se desesperara al ver pasar los minutos sin recibir auxilio legal, de forma que ya habían dado las ocho cuando traspasaba las puertas de la comisaría de Chamberí.

Una vez allí, los estrictos protocolos que hay que seguir antes de ver a un detenido me impidieron reunirme con mi supuesto defendido antes que el reloj marcara las nueve menos cuarto.

Cuando al final me permitieron que lo viera, no me extrañó encontrármelo nervioso y aterrorizado por la que le había caído encima.

—Cuéntame qué has hecho— le dije a bocajarro mientras me sentaba en la silla frente a él.

—Nada, te juro que no he hecho nada.

—Algo habrá ocurrido para que te detengan— repliqué – la policía solo detiene si tiene pruebas suficientes de un delito y por lo que me han dicho, te acusan de violación.

—Eso es mentira. Ayer estaba en una discoteca con un amigo y nos enrollamos a una tía borracha. Te prometo que fue ella la que nos pidió que la

lleváramos a un hotel por eso no comprendo que ahora diga que la hemos violado.

—Si quieres que te defienda, necesito que me des detalles— murmuré en voz baja porque aunque está prohibido grabar la conversación de un detenido con su abogado prefería no correr riesgos.

—Joder, tú me conoces. La zorra estaba buenísima y en cuanto comentó lo de buscar un hotel, Pedro aceptó encantado.

—Y ese Pedro, ¿se puede confiar en él?

Bajando la mirada, me reconoció que no porque realmente no era su amigo sino un tipo al que le debía dinero. Sin saberlo me acababa de confirmar la versión de Patricia y haciendo un verdadero esfuerzo por no saltar sobre su cuello, le pedí que me explicara qué había pasado en el hotel.

Casi temblando de miedo, me explicó que al llegar ahí, se había entretenido pagando con su tarjeta mientras su conocido y la borracha subían la habitación y que cuando llegó él, Pedro la estaba enculando.

—Por eso te localizaron tan rápido— sentencié y dejando que digiriera que él mismo se había echado la soga al cuello al dar sus datos, esperé unos segundos antes de preguntar: —Me imagino que tú también te la follaste.

Avergonzado hasta decir basta, contestó gritando:

—¡Ni siquiera! Ese maldito no me dejó. Decía que estaba demasiado buena para un pringado como yo.

Al escuchar eso decidí que debía contrastar la información con la principal involucrada justo en el momento que el destino quiso que entrara en la habitación el comisario Peláez, un antiguo amigo de correrías y con el que había hecho un par de negocietes.

El cual sin decirme nada, me cogió del brazo y me llevó a su oficina y ya dentro me soltó a bocajarro:

—No sabes que contento me puse al saber que eras tú el abogado de ese cretino.

La satisfacción de ese poli me destanteó porque aunque le gustaba la pasta, lo consideraba un tipo honesto y tenía claro que si se enteraba que la supuesta violación era falsa y que yo lo había organizado todo, terminaría sustituyendo a Miguel entre esas cuatro paredes. Por eso con más miedo que vergüenza, le pregunté por qué:

—Llevo años yendo tras Pedro Garcés y sé que tu defendido me lo va a poner en bandeja.

—Explícate— respondí intrigado pero ya tranquilo porque sus pesquisas

iban tras el maldito corredor de apuestas.

—Ese cabrón es un carnicero y me consta que no solo es responsable de multitud de delitos sino que también es un depredador sexual que ha violado y matado al menos a cinco mujeres.

—Menuda fichita pero eso que tiene que ver con mi defendido.

Cerrando la puerta, se acercó a mí y me dijo:

—El padre de una de sus víctimas, un hombre riquísimo, me ha prometido un millón de euros si consigo encerrarle porque aunque sabemos que fue él, no hemos conseguido pruebas. Si hablas con tu defendido y declara en contra de él, me comprometo a compartir contigo al cincuenta por ciento.

«¡En menudo problema he metido a Cleopatra!», pensé al darme cuenta que si el tal Pedro era tan peligroso su vida corría peligro y decidí que tenía que hablar con ella antes de decidir.

Por ello y haciendo uso tanto de mi amistad con el comisario como del hecho que monetariamente le convenía, le pedí que me diera una hora y que mientras tanto nadie interrogara a Miguel.

—Hecho— contestó y después de comprometerse que nadie iba a tomar declaración a mi cliente, me dio un apretón de manos diciendo: — Tómate el tiempo que necesites.

Con mis neuronas trabajando a mil por hora, salí rumbo al hospital donde se recuperaba esa muchacha mientras trataba de pensar en el modo en que se lo plantearía.

«Le he jodido la vida sin querer y aunque hay dinero por medio, sé que me va a montar un escándalo, yo al menos lo haría», me dije aterrorizado porque a la vez comprendía que si esa mujer cambiaba su declaración y le decía al juez que todo era mentira y que yo era quien lo había planeado, no solo iría a la trena sino que ¡era hombre muerto!

Al entrar en su habitación y ver que esa belleza me recibía con una sonrisa, no supe cómo empezar pero por suerte ella me pidió que me sentara y antes de poder abrir la boca, se quejó de lo mal que lo había pasado diciendo:

—No te haces una idea del psicópata que resultó ese mal nacido, te juro que pensé que me mataba y si no llega ser por tu ex amigo seguro que lo hubiese hecho. Ese hijo de perra está loco. No solo me destrozó el culo al sodomizarme en plan brutal sino que en plan sádico me estaba estrangulando cuando Miguel entró y su presencia hizo que se cortase. Te lo juro: ¡estoy viva de milagro!

—Lo sé y de eso te vengo a hablar. En la comisaría me he enterado que es

un asesino que después de violar le gusta matar a su víctimas. Hasta ahora no han podido enjuiciarlo porque no había pruebas contra él y todos los que podían declarar en su contra, han aparecido muertos.

El rictus de preocupación de Cleopatra me hizo saber que había captado perfectamente el tema. Durante dos minutos permaneció callada y en ese tiempo de ominoso silencio me sentí fatal al saber que yo era el culpable de la peligrosa situación de esa morena.

—¿Me estás diciendo que se ha desembarazado de los testigos que podían involucrarle?

—Siento decirte que así es y por eso creo que lo mejor es que retires la demanda. No quiero que nada te ocurra.

Cleopatra sonrió amargamente al escucharme y tomando la palabra, respondió:

—No serviría de nada. Con las pruebas que hemos fabricado en su contra, sabría que en cualquier momento podría cambiar de opinión y velando por sus intereses, me mataría de todos modos. Piénsalo, han sacado su ADN del semen de mi culo, el análisis de mi sangre con GHB, la foto de él en mi móvil y la declaración de los enfermeros que me trataron. No puede arriesgarse a dejarme viva.

Dándole la razón y sobre la marcha decidí que la podía hablar sin rodeos por lo que sin ahorrarme ningún detalle, le expliqué que un familiar de una de sus víctimas había prometido medio millón para el que consiguiera meterle entre rejas y que con ese dinero, podía desaparecer.

La muchacha no era tonta y se tomó su tiempo antes de contestar. Juro que creí que estaba calculando el tipo de vida que se podía dar entre esa recompensa y el dinero que tenía ahorrado, por ello me sorprendió que de pronto me dijera:

—Tengo dos condiciones: la primera quiero que le digas a ese poli que quiero un millón solo para mí...

—¿Y la segunda?— pregunté esperando que fuera algo monetario.

Esa preciosidad luciendo una sonrisa contestó:

—Tengo treinta años, ya soy mayor para seguir de puta y desde que salí de Rumanía hace diez años, nunca he usado mi verdadera identidad por lo que la mejor forma de esconderme es volver a ser la mujer que fui y formar una familia.

—¿Y?

Riendo ya descaradamente, esa monada me espetó:

—Cómo eres el culpable que tenga que abandonar mi profesión, desde este momento ¡me voy a vivir contigo!

Juro que me quedé pasmado al oírla y tras la sorpresa inicial, le recordé que vivía con otras dos mujeres pero entonces ella pidiéndome que me acercara, contestó:

—Ya lo sé y esa es una de las razones por las que lo he decidido. Después de tantos años follando a todas horas, sé que si un día necesito caricias y a ti no te apetece, conseguiré sexo ¡sin tener que salir de casa!

Descojonado por el descaro de esa mujer, la besé murmurando en su oído:

—Cleopatra, bienvenida a mi harén.

A lo que ella respondió con voz melosa:

—Cariño como me vuelvas a llamar así, te corto los huevos. Soy Nadia Popescu, tu nueva novia...

CAPÍTULO 7

Ya de nuevo en la comisaría, me fui a ver a Peláez y sin mayor prolegómeno, le solté que venía de ver a la víctima de Garcés y que la había convencido que cuando hiciera su declaración oficial, remarcara la responsabilidad de ese cabrón liberando de toda culpa a mi cliente pero que había un problema:

—¿Qué problema?— preguntó.

—Quiere un millón para ella y como comprenderás yo también quiero mi tajada.

Me esperaba una negativa pero en vez de ello, levantándose de su asiento, contestó:

—Mi benefactor ya había reservado esa cantidad para ella, por lo que no hay problema. Mi acuerdo contigo sigue vigente, ¿verdad?

—Por supuesto— respondí y sacándole además el compromiso que íbamos a desplumar a mi cliente para dárselo a su esposa, sellé con un abrazo nuestro acuerdo.

Ya me iba cuando desde su mesa me preguntó cómo sabía quién era la violada y dónde encontrarla.

—Mejor no indagues— respondí muerto de risa al saber que ese avaricioso policía no iba a poner en riesgo su dinero y acto seguido me fui a ver a mi cliente.

La reunión con él fue mero trámite porque tras detallarle las pruebas que tenían en su contra, le expliqué que estaba jodido y que de no colaborar con la justicia podía caerle la perpetua, mal llamada prisión permanente revisable, porque no solo le acusarían de ser copartícipe de esa violación sino de las otras cinco muertes de las que acusaban a su amigo.

—¿Qué puedo hacer?

—Sinceramente, aceptar lo que te ofrecen y declarar en contra de Pedro.

Pálido y temblando, me explicó que la gente para la que Pedro trabajaba lo mataría y que necesitaba tiempo para vender la casa que era lo único que le quedaba.

—Ni siquiera tienes eso. El fiscal no se cree tu versión y para darte una nueva identidad, al enterarse que estás en trámite de divorcio, ha exigido que le dones todo tu patrimonio a Patricia y que cuando te vayas al extranjero solo te llesves cincuenta mil euros para rehacer tu vida.

—¡No tengo ese dinero!— protestó.

Ejerciendo de buen amigo, le dije que no se preocupara y que yo se los daba. Más tranquilo al ver que tenía un futuro, me dio las gracias sin saber que yo era el que había acelerado su caída.

«Vete a la mierda» pensé para mí y llamando a Peláez, Miguel firmó todos los papeles que le puso en frente sin rechistar.

El desgarro anal que había sufrido mi “nueva novia” la mantuvo en el hospital hasta el día siguiente pero eso no fue óbice para que esa impresionante rumana aprovechara ese tiempo para dar un portazo a su vida anterior. Usando sus múltiples contactos vació su cuenta, regaló sus muebles, dejó su apartamento, vendió su coche, recogió su ropa y ¡todo en unas horas! De forma que cuando a la diez de la mañana le dieron el alta, Cleopatra “la puta cara” desapareció de la faz de la tierra y renació Nadia. Ni siquiera me dejó ir a buscar a la salida y quedé con ella en una cafetería de la Castellana a las doce.

—No quiero que nadie te vea esperándome— dijo sensatamente cuando la llamé.

Sabiendo que era lo más correcto y sobre todo lo más seguro, acepté.

Os reconozco que estaba nervioso porque no sabía cómo se tomaría María y Patricia a Nadia cuando apareciera conmigo en la finca sin avisar. Ella había insistido en que no les contara nada porque era mejor que la conocieran antes de saber que se quedaría indefinidamente con nosotros.

No queriendo empezar mal, llegué quince minutos antes a la cita. Ya había elegido la mesa donde esperarla cuando desde el final del local, escuché mi nombre. Al girarme, me costó reconocer en la discreta pelirroja que me llamaba a mi espectacular novia.

—¿Y ese cambio de look?— pregunté.

—Es mi color natural, ¡jamás volveré a teñirme el pelo!

Tomando asiento a su lado, me quedé observándola fijamente durante un buen rato. De morena, era una “pantera” pero con esa tonalidad, la belleza de sus facciones se dulcificaba y nadie que la viera así, podría suponer su pasado tumultuoso.

—Estás preciosa— sentencié dándole el visto bueno.

Nadia sonrió al oírme alabar su nueva apariencia y entornando los ojos, contestó:

—Llevó tanto tiempo siendo otra que voy a necesitar tu ayuda para volver

a ser quien fui.

—Perdona pero me he perdido.

Con un rictus de tristeza en su rostro, se explicó:

—El personaje que creé era una mujer independiente, dura y que parecía comerse el mundo. Hombres y mujeres suspiraban porque les hiciera caso pero ahora que es un capítulo cerrado te tengo que confesar que no me gustaba. Soy y siempre he sido una mujer vulnerable, familiar, necesitada de cariño y de compañía... ¡llevo demasiado tiempo sola!

La tristeza y el significado de esa confesión me sorprendieron porque jamás hubiese supuesto que esa mujer fuera infeliz. Siendo Cleopatra lo había tenido todo, dinero, belleza, éxito pero me acaba de reconocer que se sentía vacía y que quería cambiar. Compadeciéndome de ella, tomé su mano entre las mías y con una ternura que hasta mí me asombró le pregunté que esperaba encontrar en mi casa.

Con lágrimas en los ojos, contestó

—Un beso por las mañanas, dormir abrazada a alguien que me cuida y no tener que permanecer despierta para comprobar que me ha pagado, dedicar mi día a cocinar para los que quiero. Reír cuando me apetezca y un hombro donde llorar si estoy triste.

Impresionado por la sencillez pero a la vez rotundidad de sus deseos, me vi impelido a depositar un beso casto en sus mejillas mientras le decía:

—Te prometo que lo tendrás.

Durante el viaje a mi finca Nadia me fue revelando su verdadero yo. Olvidando en la cuneta al personaje que llevaba ejerciendo durante años, me contó sus años de infancia en Rumanía y como la pobreza la había obligado a dejar la tierra en la que nació.

—Debió de costarte dar ese paso— comenté pensando que todavía echaba de menos su patria natal.

—Así fue pero la muerte de mi madre y el odio que le tenía a mi padrastro aceleraron mi huida. Nunca me he arrepentido. Vivía en un infierno.

Tuve la sensación que el marido de su madre había abusado de ella pero sabiendo que era una herida que debía haber cicatrizado hacía años, me abstuve de preguntar porque de haberlo sufrido ella me lo contaría llegado el momento.

Ya estábamos cerca del Averno cuando le recordé nuestro peculiar modo

de vida y quise saber era como veía su incorporación y que esperaba que produjera:

—Será fácil— contestó— siempre he querido pasar desapercibida y que un hombre me cuide por lo que soy y no por mi belleza.

Intrigado por esa respuesta, no pude retener mi curiosidad y la interrogué a qué se refería. Nadia entornando los ojos y totalmente colorada, me replicó:

—Creo que lo sabes...—y sin importarle lo que pudiese pensar de ella, continuó diciendo: —Las veces que hemos estado juntos, solo me sentí llena cuando te mostrabas tal y cómo eres.

Rememorando nuestras noches de pasión, caí en la cuenta su fijación porque la tratara con una sutil mezcla de ternura y de dureza más propia de una sumisa que de una puta. Por ello, cayendo del guindo, le solté.

—Te encantaba que te dirigiera y que no me comportara como tu cliente sino como tu dueño.

—Así es, siento haberte mentido pero me he arrepentido cada noche de no haber aceptado tu oferta y por eso cuando las circunstancias me han hecho desaparecer, decidí que había llegado la hora de entregarme a ti.

—¿Me estás pidiendo pasar a ser de mi propiedad?

Casi llorando pero curiosamente con una sonrisa, contestó:

—Desde que me enteré de que tenía que esconderme, supe que la suerte me había lanzado en tus brazos y que por fin hallaría la felicidad en cuanto te oyera darme tu primera orden como mi amo.

Nunca me lo hubiera imaginado y mirándola de reojo me percaté que curiosamente estaba esperando esa orden pero la expectación que sentía esa mujer ante su nuevo estatus, me hizo recapacitar y en vez de complacerla, puse mi mano sobre su rodilla y en murmuré:

—Hoy no necesitas un dueño sino un amigo— tras lo cual le pedí que me diera un beso.

Durante un segundo se quedó perpleja pero recapacitando al darse cuenta de mis motivos, presa de alegría, se acercó sus labios a mi cara y rozó con ellos mi mejilla mientras me decía:

—Siempre me has gustado pero ahora sé que terminaré amándote con locura.

La certeza que ese sentimiento sería recíproco me relajó y viendo que la entrada a la finca estaba a quinientos metros, paré el coche para preguntarle qué quería que contara de ella a María y a Patricia.

—La verdad. Quiero que sepan quien soy y que no vengo a causar

problemas.

Me pareció una postura sensata. Por ello le prometí que así lo haría y encendiendo el vehículo, entré a la finca que sería el hogar de la rumana hasta que se aclarara su futuro.

—¿Te dije que los de mi familia eran agricultores y que sembraban trigo?
— comentó mientras contemplaba las tierras recién segadas.

Supe que en su interior Nadia veía en esos campos un retorno al hogar al haberse criado en un ambiente campesino y por ello, me atreví a sugerir que podía ayudarme a controlar el cortijo:

—Me encantaría. Llevo años planeando mi “jubilación” y siempre soñé que cuando ya no ejerciera, me retiraría a cuidar una finca— contestó con una alegría desbordante.

Di por finalizada esa conversación al ver que María y Patricia salían a recibirme. En un principio, ni mi antigua criada ni la ex de Miguel se percataron que llevaba compañía y por eso cuando vieron bajarse a Nadia, no pudieron evitar que notáramos su extrañeza.

—Os presento a Nadia, una buena amiga que viene a quedarse con nosotros.

Curiosamente fue Patricia la que en plan celosa, saltó y preguntó que cuánto tiempo.

Decidido a cortar por lo sano cualquier atisbo de rebelión, respondí:

—Indefinidamente y para tu información deberías estar besando el suelo que pisa porque gracias a ella tu marido te ha donado la casa y ha salido huyendo de España.

—¡Es la puta que contrataste!— exclamó.

Estaba a punto de darle una dura reprimenda por su falta de tacto cuando la rumana se me adelantó y con una determinación no exenta de dulzura, le replicó:

—Era esa puta. Ahora solo soy una mujer que busca un sitio seguro lejos del asesino que te violó.

El tono suave pero decidido y el estremecedor significado de sus palabras dejó sin argumentos a la rubia, la cual después de unos segundos de confusión, totalmente abochornada, contestó:

—Disculpa lo bruta que soy... Manuel tenía razón: en vez de preguntar qué hacías aquí, debía estar besando el suelo que pisas.

Mi valoración sobre Nadia subió muchos enteros al oírla contestar con una sonrisa:

—No quiero que beses el suelo pero aceptaría gozosa que me besaras a mí.

Azuzada quizás por la vergüenza, Patricia tomó la iniciativa y respondió:

—Si vamos a ser tres mujeres en esta casa, es mejor que nos llevemos bien— y cogiendo a la pelirroja de la barbilla, depositó un tierno beso en sus labios mientras la decía: —bienvenida a casa, ¡hermana!

Ese apelativo causó un terremoto en la mente de la rumana porque no en vano una familia era lo que estaba buscando y sin poder retener la emoción, se echó a llorar.

María que hasta entonces se había mantenido al margen, la saludó de un modo que marcaría para siempre la relación de las tres porque, a pesar de su juventud, había captado el carácter sumiso de esa belleza de pelo rojo y sin moverse del lugar donde había contemplado la escena, la soltó:

—Yo no te debo nada. Si quieres que te acepte, ven y da tú el paso.

Aunque Patricia me había hablado del cambio que había dado en mi ausencia, juro que me alucinó contemplar en vivo el lado dominante de la que era mi prometida. Bajando la mirada, Nadia contestó:

—Ama, ya me he comprometido con Manuel en ser su esclava pero, si él me da su permiso, juro desde este momento guardarle respeto y obediencia.

Sin cortarse un pelo, María forzó los labios de la pelirroja con su lengua. Al notar que su pasión era correspondida y que el cuerpo de la rumana se estremecía con sus caricias, riendo me miró:

— Tienes que perdonarme que sin pedirte permiso actué así pero alguien tendrá que hacerse cargo de tu harén cuando no estés en el Averno.

Descojonado, contesté:

— Me parece bien, aunque te tengo que reconocer que estoy celoso... ¿nadie va a darme un beso?

CAPÍTULO 8

Viendo la ausencia de problemas a la hora de aceptar a la recién llegada y mientras Patricia le enseñaba la que iba a ser su casa, cogí a María y mientras me servía un copazo, le pregunté por su transformación. La morena creyó que estaba enfadado y se intentó disculpar diciendo que no iba a volver a pasar pero entonces cogiéndola entre mis brazos, la besé mientras susurraba en su oído:

—Te mereces que te dé unos azotes.

Al oír mi tono, muerta de risa, puso su trasero a mi disposición:

—Mi culito estaba echando de menos a su dueño.

Su hipócrita súplica no quedó sin castigo y abriendo la mano, inesperadamente le solté una dura nalgada. El sonoro cachete resonó en la habitación, lo que me hizo comprender que bajo su uniforme no llevaba ropa interior. De llevar bragas no hubiese sonado tan alto ni tan agudo.

«Sigue teniendo alma de sumisa», pensé al no oír ninguna queja de sus labios y cuando observé que se le iluminaba la cara con una sonrisa, comprendí que le gustaba ese tipo de tratamiento. Justo en ese momento, Patricia llegó a la habitación y olvidando que venía acompañada de Nadia, desgarró con sus manos el traje de la morena y la desnudó violentamente, tras lo cual abriendo un cajón sacó la fusta con la que ella la había martirizado.

Pensé por un momento que debido a la actitud de ambas se iba a desencadenar una pelea pero cuando ya pensaba intervenir me percaté de la sonrisa que lucían en sus rostros y comprendí que estaban actuando.

«Estas zorras quieren jugar», resolví descojonado y sabiendo que debía incluir por primera vez a la rumana, le pedí que se pusiera a mi lado.

—Sois un par de putas— comenté con tono serio para acto seguido en plan sargento ordenarlas que se pusieran firmes en mitad del salón.

Tanto María como Patricia obedecieron de inmediato y mientras permanecían expectantes a que diera yo el siguiente paso, pregunté a Nadia que pensaba que debía de hacer para apaciguar a esas dos arpías.

La pelirroja no se esperaba que nada más llegar a mi casa la pusiera en ese disparadero por lo que tardó unos segundos en contestar:

—Mi señor, no conozco a sus pupilas pero si fuera yo la que me hubiese peleado en su presencia, desearía que me diera una buena tunda de azotes.

Por el brillo de sus ojos comprendí que estaba excitada con la perspectiva de presenciar ese castigo pero queriendo que formara parte del mismo, le pedí

que recogiera la fusta del suelo. El nerviosismo de la rumana se incrementó al cogerla y más cuando mirando a las infractoras, las ordené que se desnudaran.

Las dos dejaron caer sus vestidos lentamente. No tuve duda que la manera tan sensual con la que se desprendieron de su ropa tenía la intención de calentarnos pero también de demostrar su entrega a mí.

—¿Qué te parecen mis putitas?— pregunté.

Nadia me miró pidiendo mi autorización y acercándose a ellas las estuvo observando con detenimiento durante un minuto, tras lo cual contestó:

—Mi señor, sus hembras parecen sanas pero si lo que me pregunta es si las encuentro atractivas, la respuesta es sí.

—¿Con cuál de las dos te gustaría estrenarte?— insistí manteniendo un gesto serio aunque en realidad estuviera muerto de risa por dentro.

Esperaba una contestación ambigua y por eso me sorprendió que esa pelirroja, obviando a las dos mujeres desnudas, cayendo a mis pies me respondiera:

—No soy dueña de mi destino desde que mi señor aceptó cobijarme bajo su brazo y si me pide mi opinión, es usted quien deseo que me estrene.

La sumisión que demostró nos sorprendió a todos los presentes pero sobre todo a Patricia que al contrario de María no sabía que semejante bellezón fuera una sumisa de libro.

—Tienes razón— contesté y girándome hacia mis concubinas, ordené: —llevadla a mi habitación.

María, aun siendo la más joven, era la que más acostumbrada a mis gustos y por eso tomando la palabra me preguntó cómo debían prepararla para la ocasión.

—¡Hoy es su día!— respondí: —Que sea Nadia la que decida cómo quiere presentarse ante mí.

La satisfacción que leí en el rostro de la rumana me confirmó que había hecho bien y pidiendo que me avisaran cuando estuviese lista, recogí mi copa de la mesa. Con ese gesto les di a entender que confiaba en su criterio y sentándome en el sofá, me concentré en saborear mi whisky.

Llevaba más de cuarto de hora esperando cuando vi entrar a Patricia. La expresión pícaro de su cara me reveló mucho más que sus palabras y supe aunque ella no me lo dijera que la elección de la rumana no me iba a defraudar.

—Mi señor, su nueva adquisición ya está lista

Que me hablara usando el apelativo usado por Nadia incrementó mi

curiosidad y sin exteriorizar el interés que sentía, la seguí por las escaleras rumbo a mi cuarto.

Al entrar en la habitación me llevé una desilusión al encontrar mi cama vacía porque en mi fuero interno me había imaginado que esa pelirroja aguardaría mi llamada atada y desnuda sobre las sábanas. Acababa de preguntar dónde estaba, cuando María y Nadia hicieron su aparición por la puerta.

Reconozco que me impactó ver a esa morena montada sobre la espalda de la rumana y a esta completamente en pelotas con un collar como única vestimenta.

La alegría de la pelirroja al llegar a mí gateando con María encima afianzó mi seguridad que su presencia en la casa no causaría problemas sino que sería un aliciente más para todos nosotros.

—Amo, le presento a su nueva sumisa para que pase su inspección— declaró solemnemente la morena.

Intrigado Nadia hubiese elegido ese modo tan humillante para su primera vez ni siquiera contesté y únicamente me quedé observando mientras, con expectación no fingida, Nadia esperaba el primer azote.

Este no tardó en llegar, nada más asumir mi aprobación, María cogió el pelo de su montura a modo de riendas y la azuzó como a una potrilla, dejando caer su fusta contra el culo de la rubia. Esa ruda caricia fue lo que esperaba para comenzar a gatear por la habitación. Durante unos minutos, la morena la fue llevando de un lado a otro con la única indicación de tirones de pelo mientras Nadia permanecía en silencio pero con una enorme sonrisa en su cara.

«Realmente lo está disfrutando», me dije al admirar sus pezones totalmente erizados: «Después de tantos años entregándose por dinero, está ilusionada con la perspectiva de hacerlo gratis por voluntad propia».

Cuanto más estudiaba su comportamiento, más convencido estaba de la predisposición de la rumana a ser tratada con dureza. Por eso no me costó reconocer en esa cría los primeros síntomas de su excitación. También María se percató de la calentura que atenazaba a Nadia y sintiendo que ya estaba lista para el siguiente paso, con voz autoritaria, le espetó:

—Ponte en pie.

Haciendo caso a su nueva compañera que en esos momentos ejercía de su dueña, se levantó del suelo y permaneció inmóvil junto a la cama.

Patricia que hasta entonces se había mantenido en segundo plano, se

acercó a ella y señalando los pechos de la pelirroja, me soltó:

—Mi señor, Nadia nos ha pedido que le hagamos ver que tiene ubres suficientes para que los hijos que la engendre no pasen hambre— tras lo cual y mientras trataba de asimilar sus palabras, la rubia empezó a amasarlos entre sus dedos.

Uniéndose a ella, María se puso a su espalda y tomando las nalgas de la pelirroja entre sus manos, dijo con tono imparcial:

—Mi señor, observe este culo y estas caderas. Esta hembra podrá parir sin dificultad cuantos hijos usted desee porque sabe que ha nacido para servirle.

Muerto de risa por la fijación que tenían en mostrármela como un vientre que debía de sembrar, únicamente abrí la boca para preguntar directamente a la rumana:

—¿Quieres que te deje embarazada?

La aludida que hasta entonces se había mantenido en silencio, contestó:

—Sería el mayor regalo que mi señor podría hacerme.

Esa debía ser una respuesta pactada porque como si fuera el banderazo de salida, Patricia y María se lanzaron al unísono a torturar a esa mujer con sus caricias y mientras una se ponía a mamar de los pechos de Nadia, la otra se dedicaba a masturbarla.

—Tumbadla en la cama y preparadla para mí— comenté al ver las dificultades que tenía la pelirroja en mantenerse en pie.

La rubia no se hizo de rogar y acostándola sobre el colchón, sacó su lengua y con auténtico frenesí, se apoderó del clítoris de la pelirroja. Asumiendo que era el día de Nadia y que estaba ahí para ayudarla a ser feliz, Nadia se tumbó a su lado y sin esperar a que le diera permiso, comenzó a acariciar su cuerpo mientras con la boca jugueteaba con uno de sus pezones. Tal y como ambas habían previsto, la rumana se vio desbordada por tanto estímulo sensaciones y no tardé en escuchar sus primeros gemidos de placer resonando en la habitación.

Para entonces he de confesar que la escena me había excitado y con mi pene completamente erecto, decidí que a pesar de estar deseando unirme a ellas debía de esperar el momento.

Aleccionada por anteriores experiencias, Patricia seguía disfrutando del flujo de la indefensa muchacha hasta que entendiendo sus gritos buscó incrementar el placer de la mujer introduciendo un dedo en su vulva.

—Me encanta ser usada por mi dueño y sus mujeres— sollozó Nadia al sentir su interior vulnerado mientras sus pezones mordisqueados por María.

«No tardará en correrse», pensé al ver que la morena aumentaba la presión con sus dientes sobre las aureolas de su amante.

Cuando estaba a punto de obtener el ansiado orgasmo, Nadia hizo algo no previsto. Dejando sobre la cama a sus nuevas compañeras, se levantó y arrodillándose ante mí, me bajó la bragueta liberando al cautivo que se escondía dentro.

Extrañado porque tomara esa iniciativa, hice como si no prestara atención a como la pelirroja se introducía mi miembro en su boca porque quería forzarla a descubrir sus planes. Por ello, observé sus labios abriéndose y a su lengua recorriendo mi extensión antes que lentamente se embutiera mi pene hasta el fondo de su garganta.

Me quedé gratamente sorprendido al observar que María y Patricia se colocaban a su espalda y actuando como una sola se ponían ambas a lamer el coño de la muchacha mientras esta seguía absorta en la mamada.

Con mi verga pidiendo acción, decidí que había llegado mi turno y levantando a la pelirroja del suelo, la besé. Nadia, que hasta entonces se había mostrado como una mujer ávida de sexo, se transmutó como por arte de magia en una indefensa damisela y deshaciéndose en mis brazos, casi llorando murmuró en mi oído:

—Mi señor, antes que me tome, quiero que sepa que siempre he estado enamorada de usted y si nunca se lo había dicho fue porque temía que me rechazara por mi profesión.

—No sé de qué hablas— respondí con una sonrisa: — Lo único que sé de ti es que eres una mujer que acaba de dejar todo por mí.

La expresión de felicidad con la que recibió mi respuesta me indujo a lanzarla sobre la cama. Tras la sorpresa inicial de verse por los aires, soltó una carcajada y desde las sábanas me llamó:

—Esta sierva está preparada para entregarse a su dueño— y sin decir nada más, se giró poniéndose a cuatro patas.

Teniendo la certeza de la entrega de esa monada, asumí mirando a mis otras mujeres que debía hacerles participar en ese momento y recordándoles que íbamos a ser cuatro los miembros de nuestra peculiar familia les pedí que se unieran.

María supo a que me refería e tumbándose bajo ella, se apropió del coño de la pelirroja con la boca. Patricia en cambio prefirió sentarse a su lado, de forma que al acercarme a tomar posesión de mi propiedad me ayudó separando las nalgas de Nadia con sus manos.

Al observar los puntos de sutura en su ojete, certifiqué que sería una barbaridad el usarlo y no queriendo lastimarla, tuve que quedarme con las ganas de sodomizarla. Aun así le demostré que en cuanto su culo se recuperara sería mío, dando un largo lametazo en su adolorido esfínter.

Nadia me dejó claro que no debía dar nada por sentado cuando al sentir mi lengua recorriendo su agujero trasero, me rogó que la tomara analmente.

—Te equivocas— comenté dulcemente— un amo debe cuidar de sus sumisas.

Tras lo cual, acercando mi glande a su coño comencé a jugar con su entrada mientras la lengua de María competía conmigo entre sus pliegues. Justo cuando estaba a punto de penetrarla, la rumana empezó a convulsionar presa de un orgasmo imprevisto. El placer de mi pupila hizo desaparecer mis reparos y colocándome detrás, me apoderé de sus pechos mientras le preguntaba qué era lo que quería que hiciera.

—Fóllame— contestó

Deje de cuestionarme cómo debía actuar y cogiendo mi pene de un solo arreón se lo introduje hasta el fondo. Su coño me recibió empapado y mientras mi sexo se hacía fuerte en su vagina, María se apropió de su clítoris con las dientes.

Ese doble estímulo prolongó y maximizó el gozo que sentía y con un largo chillido de placer, nos informó nuevamente de su entrega cuando Patricia comenzó a marcar nuestro ritmo con azotes sobre sus ancas.

Esos golpes la trastornaron de tal manera que su coño se convirtió en un ardiente geiser que en vez de vapor, exhalaba chorros de flujo sobre mis piernas. En ese instante, intenté recordar si alguna vez se había corrido así cuando era Cleopatra pero tuve que sentenciar que jamás y más cuando esa criatura empezó a perjurar que jamás se había corrido de esa forma.

Al ver esa eyaculación femenina, Patricia no pudo permanecer al margen y llevando su boca hasta el manantial que no dejaba de manar entre las piernas de la pelirroja, luchó por su parte bebiendo de ese manjar.

Sé que puede resultar hasta redundante pero la humedad que empapaba mis muslos, me terminó de excitar y olvidando cualquier precaución, imprimí un ritmo atroz a mis caderas mientras mi querida víctima se deshacía en otro orgasmo.

Por enésima vez, Nadia me sorprendió al pedirme que la marcara. Sin dejar de machacar su coño con mi aparato, le pregunté qué es lo que quería y entonces con la respiración entrecortada por el esfuerzo, me contó que siendo

niña, su madre lucía orgullosa la señal de los dientes de su viejo en su cuello y pegando un grito insistió diciendo:

—¡Necesito que me muerdas para sentirme totalmente tuya!

Ese gesto no me era ajeno puesto que tanto María como Patricia en algún momento habían llevado la impronta de mis dientes y por ello, decidí complacerla mientras le decía:

—Ya eres mía.

Tras lo cual, tirando de su melena, acerqué su cuello hasta mi boca y la mordí con fiereza. La rumana al sentir mis mandíbulas cerrándose sobre su cuello, creyó estar en el paraíso y presa de un extraño fuego interior, se derrumbó ante mis ojos.

Durante unos segundos me preocupó su estado pero justo cuando estaba a punto de sacar mi pene de su interior, girando su cara, murmuró dichosa:

—Mi vientre está dispuesto a recibir la simiente de mi amo.

Reiniciando mi asalto, busqué mi propio placer mientras María y Patricia tan excitadas como su compañera se besaban entre ellas, compartiendo el flujo que empapaba sus rostros. Al ver a esas dos mujeres comiéndose la boca, no me pude contener y descargando la tensión que atenazaba mis huevos, sembré de blanco semen el fértil útero de la rumana.

Agotado me dejé caer sobre el colchón y abrazado a mi nueva sumisa, me quedé observando como mis otras mujeres se amaban con una pasión desbordante. Durante largos minutos, fuimos testigos del rotundo amor que esas dos sentían una por la otra y solo cuando las vio retorcerse de placer, Nadia se atrevió a preguntarme si algún día María y Patricia la llegarían a querer así.

—Pregúntale a ellas— respondí con una sonrisa en los labios.

María, que tenía un oído de tísica, no esperó a que le hiciera esa pregunta y acercándose, contestó:

—No lo dudes. Estoy deseando que nuestro macho te preñe para disfrutar de la leche de tus pechos.

Esa sensual promesa avivó la lujuria de la pelirroja pero se sintió completa cuando Patricia reafirmó lo dicho por la morena al preguntarme con tono meloso si podían demostrar a esa boba lo mucho que la deseaban.

Destornillado de risa, me levanté de la cama y mientras salía del cuarto, comenté:

—Tengo hambre y me voy a preparar un bocadillo. Cuando vuelva, espero que Nadia me pida que la deje descansar o tendré que castigaros.

Las risas de las tres me hicieron saber que al menos esa noche no tendría que usar mi fusta....

FIN

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)